Editorial CIMS 97 (Barcelona).

La rebelión de los metecos - Capítulo IV.

Andreassi Cieri, Alejandro.

Cita:

Andreassi Cieri, Alejandro (1997). *La rebelión de los metecos - Capítulo IV*. Barcelona: Editorial CIMS 97.

Dirección estable: https://www.aacademica.org/alejandro.andreassi.cieri/12/7.pdf

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pvSk/FFZ/7.pdf

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Lo repetía una década después Alfredo Pasqualetti, en la presentación de la Comisión de Propaganda Gremial

'...[las] condiciones en que vivía el proletariado -que hacían suponer que la América era un nuevo Eldorado- hasta que se produjo el estallido del 90, en que el pueblo trabajador tomó parte figurándose que luchaba por sus propios intereses, esperando que irían á la cárcel los ladrones públicos que habían saqueado los Bancos robándole los ahorros depositados en ellos [la] agitación obrera que poco tiempo después se inició, alcanzando un período álgido el 1896, año que estuvo á punto de producirse una huelga general. Señaló como principal causa del malestar económico que originó esa agitación, la depreciación creciente del papel moneda con que se paga aún los salarios y con la cual se trata de proteger á la chapucera industria nacional'.[330]

CAPÍTULO IV.
La conflictividad laboral durante la "década prodigiosa" del capitalismo agroexportador: 1903 - 1910.

La reanudación de la inmigración con niveles superiores a los años anteriores no fue acompañada de un aumento del desempleo, por lo menos hasta los niveles críticos observados en 1900-1902 ya que es escasa -a falta de datos oficiales- la referencia al mismo en la prensa consultada con la insistencia y frecuencia con que hacía referencia a comienzos de la década.

La renovada actividad agrícola contribuyó también a ello, aunque sólo fuera en forma de trabajo temporario, reduciendo a veces la disponibilidad de mano de obra urbana en función de la oferta de mejores retribuciones estacionales, especialmente durante el período de recolección, respecto a sus empleos habituales.[331]

El sucesor de Roca, a pesar del carácter continuista de su origen político iniciaba su período presidencial con una declaración que revelaba como las clases dominantes estaban reconociendo que era necesario un cambio en la orientación de la política hacia los asalariados que suavizara los aspectos más conflictivos que se producían en el marco laboral.

Aunque poco coherentes con la acción concreta llevada a cabo posteriormente -en la que no faltaría la declaración del estado de sitio en dos oportunidades- las primeras declaraciones y decisiones del nuevo presidente parecían un guiño a la oposición, augurando un vuelco político en su mandato ya quelas dedicaba a reconocer aspectos aceptables en el programa del partido socialista, y a reemplazar al jefe de policía durante el roquismo, tan significado por sus acciones represivas contra el movimiento obrero. Sin embargo el PSA no acusaría ningún recibo de estas opiniones y decisiones presidenciales y definiría al mandato que se iniciaba como ejemplo del continuismo que aseguraba el dominio oligárquico del aparato estatal.[332]

Las reivindicaciones de los trabajadores eran similares a las de la etapa anterior a la primera huelga general -especialmente las relativas a la

organización y características del trabajo-, pero comenzaron a recuperar su protagonismo las motivadas por reivindicaciones salariales, que se inscribían en un rango del 10-35 por ciento de aumento, indicativos de la pérdida sufrida por el poder adquisitivo de los asalariados desde el comienzo de la década o aún antes. Su mayor frecuencia -la reivindicación salarial se hallaba en el 72 por ciento de las huelgas- y el carácter ofensivo de la mayoría de las huelgas -constituían más del 85 por ciento del total de los conflictos del bienio- eran un síntoma de la nueva fase expansiva que estaba experimentando la economía argentina, con un porcentaje de conflictos ganados por los trabajadores que demostraban las escasas secuelas que había dejado en las filas obreras la represión reciente, y que los trabajadores habían percibido una mayor disposición de los empresarios a responder a sus demandas.

Tabla XIV. *Huelgas y huelguistas anuales en Buenos Aires, 1878 - 1921*

Año	Huelgas anuales	Huelguistas anuales *		Año	Huelgas anuales	Huelguistas anuales *
1878	1			1903	51	67635
1882	1			1904	188	144062
1883	2			1905	113	35518
1884	1			1906	331	69289
1887	3			1907	231	169017
1888	5			1908	118	11561
1889	18	11915		1909	138	4762
1890	8	2000		1910	298	18806
1891	8	1150		1911	102	27992
1892	11	1940		1912	99	8992
1893	6			1913	95	23698
1894	21	6400		1914	64	14137
1895	19	21978		1915	65	12077
1896	26	24900		1916	80	24321
1897	5			1917	138	136062
1899	6	450		1918	196	133042
1900	4			1919	367	308967
1901	21			1920	206	134015
1902	18			1921	86	139751

Los datos sobre el número de huelguistas sólo son completos en 1895-1896 y a partir de 1903. El número de huelguistas en 1909 y 1910 no comprende los participantes en las huelgas generales de mayo, que no fueron incluidos en las estadísticas de huelgas del Departamento Nacional de Trabajo.

Fuentes: A. Andreassi, *Movimiento huelguístico y socialismo en Argentina: Buenos Aires, 1895-1910*, Tesis Doctoral Universidad Autónoma de Barcelona, 1994; "Inmigración y huelga. Argentina, 1900-1920", en F. Bonamusa (ed.), *La Huelga General*, Madrid, Marcial Pons, 1991.

Sin embargo esa tendencia al aumento de las demandas salariales no debe ocultar el hecho de que los gremios que agrupaban a los trabajadores más cualificados continuaban orientando su acción reivindicativa sobre la abolición -o por lo menos regulación- del destajo, como era el caso de los gráficos y los cigarreros o la supresión del sistema de subcontratación, como sucedía con los metalúrgicos.[333] También formaban parte de las reivindicaciones los intentos de los trabajadores de varios oficios de dificultar a los patronos la contratación de personal menos cualificado para sustituirlos; y que se manifiesta por la intención de restringir el acceso de aprendices -los obreros cigarreros- o impedir a los propietarios de los establecimientos que emplearan a adolescentes menores de 14 años y analfabetos -como proponían fideeros, mecánicos y fontaneros, respectivamente y que completaban con la presentación de tablas salariales donde se formalizaban las retribuciones por categorías.[334] Incluso implican propuestas muy articuladas que pretendían modificar los sistemas de producción, regulando no sólo la cantidad de trabajo a realizar por cada uno y su remuneración, sino también la adscripción de tareas según categorías especificando las correspondientes a los oficiales, a los aprendices y los peones; la modificación de maquinaria e infraestructura en función de las necesidades del ritmo de producción y la codificación de las normas de contratación de personal. Como ejemplo, las tablas reivindicativas de los fideeros -al inicio de su huelga en julio de 1904-

> ***'Artículo 1º La tarea diaria que regirá, tanto sea para el personal de las prensas como del secante, será de 7 amasijos, en las prensas cuya capacidad no exceda de cincuenta kilos; de seis amasijos, en las de cincuenta á sesenta y en la de sesenta arriba será convencional.***
>
> ***Art. 2º En todo torneto que exceda de 35 kilos de capacidad, la obligación será de siete campanadas; los de menor capacidad harán ocho.***
>
> ***Art. 3º La tarea que regirá para el personal de las prensas hidráulicas, estará representada por la misma cantidad de kilos que les corresponde elaborar al personal que trabaja en las prensas genovesas, repartidas entre el prensero y secantero, entendiéndose que el personal que se empleará en ellas tendrá que estar compuesto por oficiales, quedando en consecuencia, prohibido el ocupar menores en las citadas prensas.***
>
> ***Art. 4º Quedan absolutamente prohibidas las así llamadas*** changas ***[horas extras], sólo serán admitidos los turnos de personal para aquellas fábricas cuya producción diaria no alcance á cu-***

brir las exigencias de la venta. En caso de elaborar fideos en día domingo, el jornal será doble; no trabajando, sólo se hará limpieza durante dos horas las que serán de ocho á diez de la mañana, equivaliendo estas dos horas á medio día de trabajo.

Art. 5° El tiempo que se deberá emplear en llenar la tarea nunca podrá exceder de nueve horas y media, debiendo los patrones introducir en las maquinarias las modificaciones requeridas para el estricto cumplimiento de esta cláusula.

Art. 6° desde el 1° de julio en adelante el sueldo que regirá en las fábricas con el aumento del 20% sobre el que actualmente se percibe; dicho aumento será extensivo para los muchachos y peones del medio. Queda abolida la comida dentro de las fábricas.

Art. 7° No se admitirán en las fábricas menores de trece años y tendrán que saber leer y escribir.

Art. 8° el secantero que extienda clases, como ser: finos, entrefinos, lasagne, sití a la francesa y bavete, tendrá derecho á que se le conceda un ayudante mientras desatienda tales clases.

Art. 9° No podrá despedirse del trabajo á ningún obrero de los que acepten y apoyen el presente pedido, mientras una causa plenamente comprobada justifique tal medida'.[335]

Su éxito al obtenerlo es un sinónimo de fortaleza negociadora o de la existencia de un clima económico lo suficientemente favorable como para que accedieran los empresarios, pero también un síntoma de que los establecimientos no podían prescindir de aquellos tan fácilmente. También en este sentido habría que interpretar las demandas relativas a los accidentes de trabajo que incluían las huelgas realizadas por pintores y albañiles entre diciembre de 1903 y enero-febrero de 1904. Los accidentes de trabajo, especialmente en la construcción, cuya frecuencia creciente quedaba registrada en las denuncias que efectuaba la prensa obrera desde hacía un tiempo, motivaba que los huelguistas exigieran la responsabilidad patronal de los mismos y el reconocimiento de comisiones de trabajadores para controlar las infracciones a la seguridad en el trabajo.[336] Pero estas propuestas necesariamente apuntaban también a controlar y frenar de algún modo la contratación de personal inexperto que realizaban muchos empresarios para beneficiarse del nuevo auge de la construcción de edificios que acompañaba la recuperación económica general, y que se basaba en el reclutamiento de trabajadores procedentes de la inmigración reciente.[337]

Esta situación sugiere la coexistencia de dos líneas reivindicativas. Una que intentaba modificar la organización y métodos de trabajo, así como salvaguardar el control sobre la oferta de mano de obra por parte de las sociedades obreras, predominante entre los trabajadores de oficio. Otra que sólo procuraba una mejor remuneración o la disminución de la jornada laboral sin alterar aquellos aspectos, en la que confluían con los primeros los trabajadores de baja o nula calificación, como es el caso de los obreros textiles, alpargateros y empleados en las manufacturas de cerillas.[338]

El estado de sitio dejó de tener efecto el 6 de enero de 1903, y pocos día después comenzaba la primera de una larga serie de huelgas que jalonarían 1903 y 1904. Los obreros de los depósitos del Mercado Central de la ciudad de Buenos Aires se lanzaron a una nueva suspensión de tareas por las mismas reivindicaciones por las que se habían empeñado en noviembre y promovido una huelga general.[339] Esta vez los huelguistas tuvieron el apoyo decidido del partido socialista a través de la participación de dos de sus militantes más destacados, Alfredo Palacios y Enrique del Valle Iberlucea.[340] Es difícil calibrar en que medida contribuyó la huelga general precedente a templar los ánimos de los trabajadores que se lanzaron a los conflictos sucesivos de 1903, inmediatamente luego de la supresión del estado de sitio, pero puede razonablemente suponerse que el registro colectivo de cataclismo social y aparente fracaso fue inferior al estímulo que puede haber provocado en los trabajadores la primera experiencia de movilización de todos los asalariados sin distinción de oficios y especialidades, a pesar de la magnitud de la respuesta provocada en la burguesía porteña y los poderes públicos. A los obreros les permitía comprobar su importancia social a pesar de su condición subordinada. El efecto demostrativo y experimental que tantas veces reivindicaban los anarquistas para la acción huelguista puede perfectamente ser interpretado como una influencia reforzadora de la autoestima que puede adquirir o recuperar un grupo social al conmover con su acción una estructura de relaciones de poder aparentemente inexpugnable.[341] Por lo tanto, no es casual que fueran los peones barraqueros los primeros en salir a la palestra, ya que su movilización había desatado la huelga general de noviembre. También el efecto se hizo manifiesto en la mayor participación de los sectores no cualificados o más postergados de la clase -como eran los antes men-

cionados o las trabajadoras del sector fabril- aún cuando la mayor frecuencia de las movilizaciones continúa observándose en los sectores tradicionales de oficios que habían llevado todo el peso de la confrontación en la década anterior.

La multiplicación de huelgas trajo consigo la variedad de tipos, dificultando las generalizaciones. Pero dentro del conjunto podemos destacar algunos conflictos que por sus características tendrían alguna influencia en el debate que mantenían las diferentes sociedades de resistencia y las corrientes ideológicas ligadas al movimiento obrero. Uno de ellos fue la huelga que iniciaron los obreros de la fábrica textil "Campomar" -una de las más importantes del ramo-, en septiembre de 1903, demandando reducción de la jornada laboral a 10 horas y el pago quincenal de los salarios, en lugar del pago mensual.[342] Esta última reivindicación sugiere que muchos de los trabajadores empleados no lo eran de manera estable y con frecuencia buscaban otras ocupaciones, para lo cual necesitaban que los períodos salariales fueran más frecuentes para poder desplazarse a otra ocupación en cuanto se producía la ocasión; o que las remuneraciones eran tan insuficientes que necesitaban un pago más frecuente para poder afrontar las deudas y gastos con los comerciantes y proveedores locales. La huelga, que duró aproximadamente un mes, tuvo un resultado favorable a los huelguistas, a pesar de la intervención policial a demanda del propietario del establecimiento. A ese resultado contribuyó la adhesión de los sombrereros al conflicto -quienes constituían el grupo de trabajadores más cualificados dentro del establecimiento fabril- además del apoyo que brindaron los pequeños comerciantes locales, las organizaciones locales del partido socialista, y la FOA.[343] El apoyo de los obreros sombrereros puede interpretarse, como reconocimiento de las ventajas de las acciones coordinadas o conjuntas, sin minusvalorar los valores éticos incorporados a la solidaridad ejercida. Un intento para reforzar la posición de los tejedores -que constituían un grupo de obreros menos cualificados,[344] para impedir su sustitución y obtener su apoyo en futuras acciones reivindicativas. De este modo los trabajadores de formación más artesanal se adaptaban a las condiciones de la producción fabril donde su destreza quedaba parcialmente devaluada por la multiplicación de categorías de trabajadores. No era el único caso ya que durante el año siguiente ese comportamiento de los artesanos y especialistas se repetiría en otros conflictos.

Quienes ocuparon repetidas veces el escenario huelguista durante este año fueron los trabajadores portuarios, quienes protagonizaron una

huelga en junio contra la imposición de la libreta por los contratistas, motivo de conflicto repetido ya que lo consideraban como un mecanismo de control de su conducta sindical e ideológica, facilitando así la confección de listas negras. Pero el conflicto más importante fue el que iniciaron al finalizar 1903. La huelga de los estibadores del puerto de Buenos Aires en apoyo a la de marineros y foguistas -iniciada el 16 de diciembre- condujo a una paralización total del movimiento de buques. Los empleadores respondieron con la amenaza de traer trabajadores de la provincia de Corrientes para reemplazar a los huelguistas. La Federación de Rodados de la FOA respondió anunciando su disposición a paralizar el transporte de mercancías al puerto de Buenos Aires. A la extensión del conflicto contribuía la amenaza que suponía la constitución por obra del prefecto marítimo (autoridad portuaria) junto a algunos contratistas, desde septiembre de 1903 de una sociedad obrera paralela a la Sociedad de Resistencia de Obreros del Puerto de Buenos Aires, a la que denominaron Sociedad de Obreros Portuarios Argentinos, con el fin de dar prioridad en la contratación para las actividades de estiba a trabajadores argentinos. La constitución de una organización de este tipo perseguía el debilitamiento de una de las sociedades obreras que mayor combatividad habían demostrado en los últimos conflictos, atizando el enfrentamiento entre trabajadores nativos y extranjeros.[345] Sin embargo, la FOA no había considerado en ese momento necesario intervenir en el intento de escisión ya que juzgaba que la organización portuaria gozaba de la adhesión mayoritaria de los trabajadores del sector frente a lo que consideraba una burda maniobra policial sin apoyo real entre los trabajadores del gremio.[346] Como temían los portuarios, al iniciarse la huelga los empresarios del sector comenzaron a emplear trabajadores provistos por la Sociedad de Obreros Argentinos con el apoyo de la policía. Esta decisión produjo enfrentamientos entre huelguistas y esquiroles, y la detención de numerosos huelguistas por la policía. Su intervención provocó la declaración de boicot a los buques que esperaban en los muelles por parte de los conductores de carros. Mientras tanto, el frente patronal parecía resquebrajarse al manifestar algunos de los empleadores su intención de pactar con los huelguistas ante el cariz que adoptaba el conflicto y el fracaso del recurso a los esquiroles, poco competentes para suplir a los trabajadores en huelga.[347] La escalada de enfrentamientos culminó el 4 de enero de 1904 con un enfrentamiento armado en los muelles que tuvo como resultado la muerte de un huelguista de origen italiano, el foguista Zapalotti.[348] Su muerte exacerbó los ánimos y la Federación de Rodados decidió

unirse a la huelga que comenzaba a adoptar el perfil amenazante de una nueva huelga general. El gobierno decidió el despliegue de tropas del ejército y la marina, que se estacionaron en el populoso barrio de La Boca, en el cual estaban situadas las instalaciones portuarias. Las tropas, comportándose como una fuerza de ocupación, golpearon y detuvieron a quienes consideraban agitadores y registraron locales obreros e incluso establecimientos comerciales e industriales en busca de todo aquellos que suponía un apoyo potencial a los huelguistas.[349] La huelga fue declinando a medida que grupos crecientes de huelguistas conseguían empleo temporario en actividades agrícolas y el número de esquiroles aumentaba. La FOA -a mediados de enero- llegó a considerar y aprobar la convocatoria de una huelga general, pero no llegó a realizarse y el 6 de febrero se daba por finalizado el conflicto sin haber obtenido los estibadores la eliminación de la organización pro patronal de su ámbito, aunque los marineros y foguistas habían obtenido un aumento salarial. El PSA esta vez centró sus críticas exclusivamente en la acción policial contra los huelguistas, sin dedicar ninguna crítica -como era habitual- a las intervenciones de la FOA o de grupos libertarios.

El perfil múltiple de los conflictos obreros insinuado en 1903 se acentuó durante 1904, así como su fluctuación estacional.[350] A comienzos del año todavía se mantenían varias huelgas iniciadas a fines de 1903, entre ellas la huelga portuaria, que finalizó en febrero. Poco después se iniciaba en las empresas ferroviarias fusionadas Buenos Aires-Rosario y Central Argentino, ambas de capital británico, una huelga que era seguida, como la anterior, por un elevado número de trabajadores -entre doce y trece mil-, reclamando reducción de la jornada y un aumento salarial del 10 por ciento. Recibió el apoyo incondicional del PSA y de la UGT.[351] En cambio la FOA se mantuvo al margen al no aceptar los huelguistas la convocatoria de una huelga general de solidaridad.[352] También los huelguistas recibían un cierto apoyo de la prensa en general al aparecer como el enfrentamiento entre obreros argentinos y los lejanos accionistas londinenses de las compañías. Sin embargo la huelga fracasó luego de veinte días de duro enfrentamiento de los trabajadores con la dirección de las empresas respaldadas por la intervención estatal, que detuvo huelguistas y envió trabajadores para sustituirlos. Para los socialistas el fracaso se debió no sólo a los factores anteriores, sino también a la renuencia de los maquinistas y foguistas a sumarse a la huelga, juzgando que su intervención habría sido decisiva,

'...la actitud inexplicable asumida por maquinistas y foguistas no sólo ha sido comentada, sino que ha sido condenada y escarnecida por todo el mundo. Seis horas de abandono de sus tareas hubieran bastado para poner término a la huelga que ha durado días porque el asalariado Loveday [director de las empresas ferroviarias de nacionalidad británica] ha tenido cómplices y aliados en el gobierno del país y en los asalariados que olvidando los deberes del compañerismo han hecho causas común con aquel terco'.[353]

argumento con el cual los socialistas, al referirse a una extensión en calidad -una ampliación vertical- de la huelga con la incorporación de la aristocracia obrera ferroviaria, reconocían tácitamente que no bastaba con el apoyo logístico -incluido el monetario- del partido y su central obrera para ganar una huelga con la cantidad de factores contrarios que debían afrontar, como los que se daban al tratarse de empresas de gran escala con respaldo gubernativo. Sin embargo evitaban al mismo tiempo dar la razón a aquellos que sostenían la necesidad de alcanzar una extensión en cantidad -de tipo horizontal- del conflicto apelando a la huelga general; lo que parecía avalado por la reciente experiencia recogida en la huelga de los obreros de la fábrica "Campomar" en septiembre de 1903.[354] En febrero La Vanguardia publicaba la resolución del 12° Congreso del Partido Socialista Francés de ¡1894!, con la intención evidente de aportar argumentos -ya expuestos anteriormente- que avalaran su postura frente al fenómeno huelguista, reconociendo que era una consecuencia del antagonismo de clases propio del capitalismo, pero considerándolo al mismo tiempo como un instrumento imperfecto

-'...desigual y parcial de defensa de los obreros contra el capital y en el caso de ser general jamás será capaz de emancipar á la clase proletaria'-

condenando a continuación a quienes preparaban una huelga general que conduciría a la clase obrera

'...á un callejón sin salida'.[355]

La huelga ferroviaria se introducía en el debate sin inclinar la báscula en ningún sentido -aparentemente reafirmando a los socialistas en sus posturas- pero con fisuras argumentales - que se hacían evidentes al utilizar un manifiesto que tenía diez años de antigüedad perteneciente a otro contexto. El conflicto reunía dos problemas que se reforzaban mu-

tuamente, la gran resistencia patronal reforzada por el respaldo de los poderes públicos y la posibilidad real de extensión de la misma.

Si bien los conflictos relacionados con los transportes son los más espectaculares de la época, por la gran cantidad de trabajadores que involucraban, las dimensiones de las partes enfrentadas y la alarma que provocaba en las clases dominantes, seguían siendo mucho más frecuentes los conflictos localizados en establecimientos pequeños medianos y protagonizados por trabajadores de oficio del sector manufacturero, y eran estos los que robustecían la tendencia que exigía considerar la huelga como una operación minuciosamente planificada -alejada de la improvisación y el espontaneidad.[356] Por ejemplo, los torneros y ebanistas llevaron a cabo dos huelgas prolongadas -duraron alrededor de dos meses- con el fin de suprimir los reglamentos que imperaban en algunos establecimientos del ramo. Estas huelgas respondían en su totalidad a los métodos que promovían los socialistas, al tratarse de huelgas parciales que se aplicaban solamente a los establecimientos que no aceptaban firmar el pliego de condiciones, con un dispositivo de apoyo cuidadosamente organizado, ya que los torneros empleados en los establecimientos cuyos dueños habían aceptado las reivindicaciones obreras seguían trabajando y aportando el 15 por ciento del salario para la caja de resistencia -además de obtener el compromiso de esos patronos de allegar recursos a los que todavía continuaban la huelga.[357] El efecto buscado era transparente, la resistencia podía así prolongarse durante mucho tiempo, pero al mismo tiempo se lograba el apoyo de una parte de los empresarios que podían medrar con la parálisis de sus competidores afectados por la continuación de la huelga, en un clima de expansión de las actividades económicas. Y estos no constituían ejemplos aislados. Durante 1904 otros gremios, -talabarteros, confiteros, constructores de carros, obreros navales, sastres- todos ellos compuestos en su mayoría por trabajadores cualificados, aplicaban la táctica de volver al trabajo en los establecimientos que accedían a las demandas obreras, aislando y debilitando a los patronos recalcitrantes, finalizando en general con transacciones o incluso triunfos totales.[358]

Otras, como la de los curtidores que debió afrontar un *lock-out* patronal, aprovechaban además la absorción de mano de obra por la cosecha y lograba -luego de dos meses de lucha- conseguir sus objetivos después que la mayor parte de los trabajadores del gremio habían encontrado empleo en el puerto de Buenos Aires, en el Mercado central de Frutos o

en la misma cosecha. Utilizando un procedimiento que ya le había dado buenos resultados a los constructores de carruajes en 1896

> ***'...de los 1.000 huelguistas que empezaron el movimiento, quedan ahora pocos desocupados; la mayoría ha encontrado ya labor en los muelles de embarque del Riachuelo y Mercado Central de Frutos'[359],***

obtuvieron un acuerdo con los patronos, y los socialistas describieron la huelga como un conflicto ejemplar en el cual la perseverancia de los trabajadores y la organización habían sido los elementos básicos que habían permitido coordinar y aumentar la eficacia del apoyo recibido de otras sociedades de resistencia, centros socialistas y comercios locales.[360]

El movimiento huelguístico alcanzó su clímax con la convocatoria de una huelga general por la FOA, para el 1 y 2 de diciembre, en respuesta a la brutal represión policial a los obreros de la ciudad de Rosario que había culminado con el asesinato a manos de la policía de un trabajador, Jesús Pereira. El partido socialista, dejando de lado su habitual reserva frente a las huelgas generales, se sumó a la convocatoria justificando su apoyo en el carácter y la necesidad política que le atribuía.[361]

La huelga se desarrolló durante dos días y paralizó a la ciudad de Buenos Aires, así como a otras ciudades del interior del país. Calculaba el periódico del partido socialista que el número de huelguistas en la capital era de 150.000, una cantidad sólo comparable a la huelga general de 1902.[362] Por su parte el gobierno alistó unidades militares y policiales alrededor de Buenos Aires, y apostó dos buques de guerra en el puerto con sus cañones apuntando a los suburbios; un despliegue militar impresionante que aumentando el dramatismo de la situación generaba la impresión de un verdadero pulso entre el estado y la clase obrera unida alrededor de sus dos federaciones sindicales y el partido socialista. Sin embargo, a pesar del ambiente tenso que producía la presencia amenazadora de estos preparativos represivos, sumada a la intensa actividad obrera que auguraba enfrentamientos violentos, estos no llegaron a producirse, exceptuando alguna escaramuzas entre huelguistas y policía durante el primer día. Su carácter de huelga general pacífica, a pesar de los temores de un enfrentamiento violento con los huelguistas, dividió las opiniones de los círculos de la burguesía porteña, que la prensa reflejó, entre quienes saludaban a las federaciones obreras por la

moderación con que habían conducido la protesta y los que veían en la misma un signo de debilidad y fracaso de las fuerzas obreras.[364]

El PSA se decidió a apoyar una huelga general convocada por la FOA, a la que sistemáticamente había acusado de temeridad e imprudencia por su impronta anarquista, porque consideraba que el gobierno con la represión desatada había puesto en peligro los derechos y libertades.[364] Con ello no contradecía totalmente su postura respecto a la huelga general, sino que la justificaban como una herramienta cuyo uso excepcional estaba justificado cuando se bloqueaban los canales políticos normales para resolver los conflictos, como en este caso de dura represión.[365] El motivo por sí solo era plausible para sumarse a una convocatoria que sin embargo un tiempo antes hubiese probablemente rechazado. ¿Qué sucedía en los círculos del partido obrero? El fracaso de la huelga ferroviaria de febrero de 1904, que los socialistas habían creído ver en la falta de apoyo de los sectores más cualificados del gremio -avalados por la experiencia de otras huelgas producidas ese mismo año y el anterior, en las cuales la intervención de los trabajadores de oficio había sido decisiva para su éxito- favorecía también en el partido socialista el debate sobre las que hasta ahora eran sus posiciones tradicionales respecto al papel y características que debían observar las huelgas para ser útiles al movimiento obrero, revelando que debajo de la aparente homogeneidad en sus filas, subyacían diferencias sobre la relación que el partido socialista debía observar con respecto a todas las movilizaciones que desencadenaban los trabajadores argentinos, cualquiera fuera la madurez u organización con que se realizara. Algunos mantenían la postura habitual sosteniendo que el apoyo debía ser siempre restrictivo y sólo después de un análisis cuidadoso de la situación por el partido. Otros defendían todo lo contrario y consideraba que los socialistas -dadas las características de la clase obrera del país, cuya heterogeneidad había impedido su madurez política- debían apoyar sin reservas todas las movilizaciones y especialmente las huelgas emprendidas por esos trabajadores, afirmando que la huelga general de 1902 había tenido una influencia fundamental en el curso de las luchas del movimiento obrero argentino, definiéndose claramente por la huelga como sustituto de la acción política, aunque reconocieran las limitaciones de esa forma de protesta para resolver problemas económicos de los trabajadores.[366] Pero una polémica de ese tipo resultaba insoluble mientras continuaban desarrollándose con cierto éxito conflictos en los que se cumplían los indicadores que para los socialistas eran sinónimo

de eficacia huelguística, como sucedía con las huelgas que llevaban grupos de trabajadores de elevada calificación y alta remuneración, como torneros y ebanistas, o aprovechando con inteligencia los momentos de mayor debilidad de los empresarios como era el caso de los curtidores -que aunque fueran trabajadores de oficio, eran más fácilmente reemplazables que los anteriores en otra época del año que no fuera la de la cosecha de los cereales. Era el modelo que contraponían a la huelga masiva y el pacto de solidaridad de las sociedades gremiales reunidas en la FOA y que también sostenían los núcleos anarquistas que actuaban en el movimiento obrero, ya que en este trienio la acción del partido socialista parecía estar dando sus mejores frutos, pese a los enfrentamientos cada vez más violentos entre patronos y policías con los trabajadores.[367] Se había consolidado una federación obrera afín a sus posiciones políticas y gremiales -la UGT-, había obtenido su primer éxito electoral -el cual además tenía una repercusión continental-, y por último el curso del movimiento huelguista seguía los cauces y la evolución que había preconizado durante tanto tiempo. Es cierto que este último aspecto debería haberse calibrado en su justo término en relación con la coyuntura económica, que facilitaba que los obreros alcanzaran sus reivindicaciones y objetivos gremiales con relativa facilidad y sin tener que plantearse la imperiosa necesidad de la solidaridad de otros sectores, como había sucedido en el período 1897-1902, y no tanto a la *maduración* de la consciencia obrera, que para los socialistas implicaba obviamente la aproximación de los trabajadores a sus propuestas. Pero no puede negarse que a pesar de los factores que no se tenían en cuenta, su balance era positivo -salvo en un aspecto- que es el que les permitió afrontar sin contradecirse la convocatoria a la huelga general en 1904: la intervención sistemática y cada vez más violenta de los poderes estatales a favor de los patronos, que modificaba *artificialmente* un conflicto de clases que de otro modo y según su punto de vista, debían ganar los obreros. Por ello la adhesión del PSA a la huelga general era absolutamente coyuntural y transitoria ya que se producía como respuesta a la interferencia estatal con un curso huelguista que beneficiaba sus propuestas y orientaciones. También respondía a la necesidad de apaciguar a los sectores que dentro del propio partido -y principalmente desde la UGT- estaban cuestionando la línea oficial del partido, como veremos más adelante.[368]

El auge del movimiento huelguista no fue obstáculo para que también se aplicaran medidas alternativas de lucha, como el boicot, que

tuvieron una extensión mayor que en el período anterior. El boicot aplicado a *La Popular* se amplió a otras fábricas de cigarrillos a lo largo de 1903, y también se aplicó como medida de apoyo en varias huelgas durante 1904 en la industria metalúrgica y tipográfica o como continuación de las medidas de presión luego de la derrota sufrida por los trabajadores en una huelga entre los estibadores del puerto de Buenos Aires, quienes continuaron aplicando el boicot selectivo a los contratistas que empleaban trabajadores no afiliados a la sociedad de resistencia a lo largo de 1904, así como los trabajadores de la fábrica de cerveza "Quilmes", después del final de su huelga en enero del mismo año.[369] Otros recursos complementarios de la acción huelguista que se aplican en este bienio son el *picketing*, utilizado por los ebanistas en su huelga de mayo de 1904 para controlar que en los talleres en huelga no se trabajase, y la huelga sin abandono del puesto de trabajo que utilizaban los caldereros, carpinteros de ribera y calafateadores con éxito.[370]

En 1905 la actividad huelguista que no se había reducido después de la huelga general del 1 y 2 de diciembre, sería perturbada seriamente por la insurrección radical. A comienzos de año se mantenía el ritmo observado a partir de noviembre de 1904 con la continuación de conflictos todavía no resueltos -como el de los curtidores que cumplían dos meses de huelga a mediados de diciembre- y la iniciación de nuevos conflictos. Entre estos destaca la huelga de obreros cartoneros, quienes en enero de 1904 ya se habían enfrentado con los patronos con motivo de la constitución de una asociación de empresarios del ramo. Ahora el motivo de la huelga era la pretensión de los empresarios de introducir el trabajo a destajo, aprovechando la cohesión que les daba su asociación desde la que amenazaban con un *lock-out* si los obreros no lo aceptaban.[371] Si en la recesión de 1897-1902 había cumplido el papel de aumentar la productividad y por lo tanto los beneficios empresariales en una situación de disminución de la competencia de los productos de importación, ahora, en la coyuntura expansiva en que esta se había relanzado tal vez era el método más eficaz que habían hallado los industriales para afrontar la doble competencia interna y externa sin tener que recurrir a costosas inversiones en capital fijo, el destajo tenía asegurado un excelente porvenir inmediato. Las sociedades obreras que continuaban insistiendo en su abolición, simultáneamente se iban resignando a renegociar sus términos con los patronos con la esperanza de obtener que aquel se desempeñara en las mejores condiciones posibles para los trabajadores. La huelga continuaba en vísperas de la insurrección radical sin posibilidades de acuerdo a la vista -a pesar de la intervención de la UGT en el conflicto en apoyo de los huelguistas. En realidad se agravó por el empecinamiento patronal en obtener de las autoridades la disolución de la sociedad de resistencia y exigir que cualquier acuerdo estuviera condicionado a que los obreros aceptaran la introducción del trabajo a destajo.[372]

La declaración del estado de sitio -que se mantuvo hasta el 21 de mayo- provocó en la práctica la interrupción del movimiento huelguístico ya que los patronos aprovecharon la situación para eliminar sin mayor resistencia a aquellos trabajadores que se habían destacado por su actividad en las sociedades de resistencia.[373] Recién en mayo, luego de su suspensión, vuelve lentamente a recuperarse el pulso huelguista, aunque esta vez sin presentar con tanta claridad la pauta estacional que era habitual en los últimos años. Esta característica de las huelgas después del primer estado de sitio de 1905 revela que la situación de la economía era tan prometedora que los trabajadores no necesitaban esperar el clímax de incremento de la actividad determinado por la cosecha de cereales para poder presionar sobre los empresarios. Otro signo era la capacidad de resistencia a los *lock-out* de varias sociedades de resistencia que declaraban tener fondos abundantes para resistir, como era el caso de los talabarteros, quienes ante el cierre de establecimientos por los patronos en respuesta a la reivindicación de aumentos salariales y abolición del destajo declaraban que poseían los medios suficientes para resistir sin problemas la medida empresarial.[374] Por lo tanto, la intervención policial restaba como casi único recurso efectivo de los patronos para poder rechazar las demandas de los trabajadores.

Predominaban las reclamaciones salariales, reducción de jornada y supresión del trabajo a destajo. Pero, a diferencia del año anterior, aumentaron proporcionalmente los conflictos en los que se exigía la readmisión de trabajadores despedidos, consecuencia de la situación creada por el estado de sitio y cuyos efectos se prolongaban varios meses después de su derogación.[375] El desarrollo de las huelgas también respondía a las diferentes tácticas aplicadas: huelgas parciales a los establecimientos que no admitían las reivindicaciones combinadas con la aportación de fondos por los trabajadores del gremio que continúan trabajando -como es el caso de la huelga de los obreros de la firma "Bunge y Born" que contaba con el apoyo de la sociedad de resistencia de hojalateros, gasistas, soldadores y anexos-, o su combinación con el boicot como sucedió en el conflicto de los talleres "Mihanovich", donde

los obreros de otros establecimientos navales rechazaban efectuar tareas de reparación de maquinaria o buques que procedían de aquella empresa.[376] Sin embargo el número total de huelguistas fue menor que en 1903 y 1904, así como el número de huelguistas por huelga, lo que constituye un indicio de que los conflictos fueron llevados a cabo principalmente en los establecimientos de pequeña y mediana escala donde predominaban los obreros cualificados, lo que también es corroborado el franco descenso del número de huelgas por exclusivos motivos salariales. Del cómputo de 27 huelgas, obviamente incompleto en relación al total registrado, de las que he podido recoger una información más o menos detallada, sólo cinco correspondían a sectores donde predominaban los trabajadores poco cualificados -entre los que se encontraba una proporción importante de mujeres: fabricación de alpargatas (que se prolongaba desde el año anterior), textil, barracas, alimentación, servicios municipales y fabricación de cerillas; las cuatro primeras realizadas antes del establecimiento del estado de sitio en febrero de 1905.

A mediados de septiembre se inició una huelga de estibadores que comenzó en la ciudad de Rosario y se extendió rápidamente a los demás puertos -entre ellos el de Buenos Aires-, agregándose en octubre los marineros y foguistas. La respuesta gubernamental ante un movimiento de esa magnitud que afectaba a sectores claves del aparato exportador en el inicio del período de la recolección de cereales fue nuevamente la instauración del estado de sitio el 8 de octubre. Contra el mismo la FORA declaró la huelga general por tiempo indefinido, convocatoria a la que se unió la UGT con el apoyo de los socialistas proponiendo en principio que su duración se limitara a 48 horas pero aceptando finalmente lo propuesto por aquella federación obrera.[377] Para las federaciones obreras y el PSA la renovación del estado de sitio corroboraba su diagnóstico sobre las verdaderas intenciones de las autoridades nacionales al aplicarlo. En febrero, su aplicación había respondido más al *programa* estatal de intervención en los conflictos obreros que a la necesidad de derrotar la insurrección radical, aunque esta hubiese sido la razón declarada por el gobierno. Por primera vez el movimiento obrero conseguía responder con una huelga general a una medida gubernamental de tal magnitud. En los hechos el papel político de la huelga general se afirmaba más allá de los debates doctrinarios entre anarquistas y socialistas, en la medida en que el antagonista principal era el gobierno nacional como encarnación de las relaciones de poder que mantenían las condiciones en que los empresarios podían continuar

explotando a los trabajadores e impedían que estos pudieran dirimir sin interferencias *extraeconómicas* sus conflictos con los patronos, en lugar de tutelar las relaciones entre ambas clases

> ***'Los trabajadores acabamos de presenciar un hecho por de más significativo. Los obreros al entrar la época más propicia para conquistar mejoras empiezan á realizar algunos movimientos huelguistas quienes asumen algunas proporciones debido á que el espíritu de solidaridad comienza á intensificarse también entre nosotros. Ahora preguntémonos: Si existiera la igualdad ante la ley; si la libertad del trabajo y la libre oferta y demanda de brazos fuera un hecho: ¿Cuál sería la actitud de la clase gobernante? No sería por cierto la asumida por el poder ejecutivo puesto la conducta correcta, imparcial del gobernante debe ser la de dejar que sus gobernados capitalistas y obreros gestionen sus intereses libremente. ¿Porqué esto no ocurre así? Sencillamente, porque los que gobiernan son capitalistas y defienden los intereses de sus secuaces importándoles un mito [sic] de la otra clase, la clase trabajadora'.***[378]

> ***'Aún cuando esperábamos de un momento á otro la adopción de esta medida, fué para todos una sorpresa la precipitación con que fué adoptada. Nadie veía causas que la justificaran, y nosotros mismos no creíamos que el gobierno se atreviera á tal enormidad [...] Debemos confesar nuestro error; habíamos olvidado que habitábamos la libre tierra argentina y de que nos gobernaba Manuel Quintana, ex abogado de las compañías ferroviarias...'***[379]

La huelga -iniciada el 9 de octubre- fue prácticamente total, transcurrió sin incidentes violentos y duró casi una semana.[380] Cabe anotar que varios gremios aprovecharon la cobertura que daba la protesta para añadir demandas específicas a su adhesión a la huelga general. Sin embargo, la represión que se desató a continuación provocó más víctimas que en situaciones similares anteriores. El Comité Pro-presos de la UGT - PSA y la Comisión Pro Víctimas del Estado de Sitio de la FORA y *La Protesta* informaban que se había aplicado la ley de Residencia a casi un centenar de presos.[381] El perfil de los encarcelados y deportados permite confirmar también que los más activos en el movimiento huelguístico eran los trabajadores cualificados y pertenecientes a oficios manuales.[382]

En 1906 las reivindicaciones salariales estuvieron presentes en más del 50 por ciento de los casos. Pero su proporción disminuyó en los dos años siguientes, para volver a causar la mayoría de las huelgas en 1909.

El descenso que sufrió este motivo de huelga, que se había mantenido en los primeros puestos en el trienio anterior, puede deberse a su sensibilidad en relación con la coyuntura económica, por lo menos su coincidencia con el ciclo así lo sugiere. Mantuvieron un peso importante e incluso lo acrecentaron las reivindicaciones relativas a la organización y control del trabajo -que incluyen la defensa de trabajadores despedidos, como la destitución de capataces u obreros considerados *colaboracionistas* con los patronos- si bien la oposición al trabajo a destajo se extinguió como reivindicación entre 1908 y 1909.

El Departamento Nacional del Trabajo consideraba, hacia 1910, que el destajo había sido reemplazado en muchos casos por el salario por tiempo de trabajo, lo que podría significar que los patronos habían comenzado a imponer los ritmos de producción a partir de la mecanización de sus empresas. Pero también podía significar, por lo menos en una parte de los casos, que los trabajadores habían abandonado la pretensión de suprimir el destajo a cambio de una regulación más favorable de sus tarifas, como hemos visto que sucedió entre 1904 y 1905 en el sector gráfico.[383] En todo caso la persistencia de las reivindicaciones obreras sobre organización y métodos de trabajo jugando un papel central en los conflictos laborales reflejan que los motivos de conflictividad laboral se habían modificado poco desde la década final de siglo y que los trabajadores de oficios continúan ocupando gran parte del espacio conflictivo. Esta situación explica los fracasos que experimentaban los patronos de ciertos ramos cuando empleaban esquiroles para continuar la producción o la relativa facilidad con que los oficiales imponían restricciones en el aprendizaje.[384] Por otra parte los informes que se recogen de los estudios realizados por diversas instituciones -especialmente el Departamento Nacional del Trabajo y el Museo Social Argentino- reflejan que aquellas industrias pasibles de una relativamente fácil mecanización, se expandían más en base a la proliferación del trabajo domiciliario -en el ramo de la vestimenta, por ejemplo- o combinaban una cierta utilización de maquinaria con la organización del trabajo manual desintegrado en operaciones más sencillas y repetitivas, como el sistema de fabricación en *rueda* en la industria del calzado.

Las sociedades de resistencia reflejaban en sus debates el clivaje entre las dos líneas reivindicativas al recriminar a aquellos trabajadores que

sólo se preocupaban por obtener aumentos salariales y no reivindicaban la transformación de las condiciones de trabajo.[385]

Comenzó 1906 con el telón de fondo del tercer estado de sitio. La FORA y la UGT, calculando que el gobierno prorrogaría su vigencia al continuar varios conflictos laborales, habían constituido un Comité de huelga conjunto que debía convocar un nuevo paro general si se producía la prórroga, pero se suspendió al cumplirse los noventa días de su instauración.

Inmediatamente se reanudaron aquellos conflictos que el estado de sitio había obligado a replegarse en una sorda latencia. Los talabarteros habían realizado dos huelgas en 1905 -una en agosto por la readmisión de obreros despedidos y otra en octubre por la implantación de la jornada de ocho horas y la abolición del trabajo a destajo.[386] En esta nueva huelga reclamaban la readmisión de obreros despedidos con motivo del conflicto anterior y la derogación del reglamento interno que impedía la contratación de operarios que habían participado en conflictos en cualquiera de los establecimientos del sector mediante un sistema de certificaciones que de hecho constituía una *lista negra*. Recurrieron a la táctica habitual de la huelga parcial contra aquellos establecimientos que se destacaban por el celo con que aplicaban el reglamento. Pero el acuerdo de la entidad patronal establecía las condiciones para garantizar la solidaridad entre empresas al exigir que en una huelga parcial, los establecimientos restantes procedieran al cierre para evitar que sus trabajadores, que continuaban trabajando, mantuvieran la caja de resistencia de los huelguistas. Una gran proporción de trabajadores, ante el *lock-out*, reaccionó empleándose en talabarterías fuera de la ciudad de Buenos Aires o incluso cambiando de profesión, a pesar de lo cual no pudieron evitar el fracaso de la huelga que obligó a volver al trabajo con ligeras modificaciones del reglamento a los trabajadores que habían permanecido en la capital.[387]

Los constructores de carruajes iniciaron en febrero un conflicto solicitando aumentos salariales que oscilaban entre el 10 y el 25 por ciento. Obtuvieron como respuesta inmediata la convocatoria de cierre de los establecimientos por la correspondiente sección patronal, agregando a la misma la resolución de no aceptar trabajos de las cocherías que hubieran empleado a sus trabajadores en tareas de reparaciones de vehículos durante la duración del *lock-out*.[388]

El cierre se mantuvo sólo durante dos semanas, a pesar de que se había declarado por tiempo indefinido, al cabo de las cuales decidieron la apertura de sus establecimientos. Pero la huelga continuó, agregándose la exigencia por parte de los huelguistas de que se abonaran los salarios correspondientes a los días no trabajados por causa del *lock-out*. Esta culminó con el triunfo total de los obreros el 1° de mayo, luego de ochenta días de conflicto. Refiriéndose a este conflicto y al resultado del *lock-out*, Sebastián Marotta opina que,

> ***'En algunas industrias, con sindicatos carentes de espíritu de lucha, la medida surte efecto, más que nada por la grosera concepción de dependencia en que viven los obreros. Pero resulta contraproducente cuando se la utiliza contra un sindicato constituído por trabajadores dotados de una justa noción del valor social y creador de la fuerza de trabajo. Tal es el caso de los constructores de carruajes'***[389]

tanto en un caso como en el otro, con diferentes resultados, el núcleo de la huelga lo siguen constituyendo los trabajadores más cualificados. En un sentido similar se expresa UGT sobre la huelga de ebanistas y escultores en madera de 1906, que después de un mes de conflicto demandando aumentos de salario -durante el invierno, la estación de menor actividad económica- lograron que los patronos pagaran una indemnización a sus trabajadores, en la que destacan que

> ***'...malgrado la confabulación patronal estos camaradas los han tenido á raya, haciéndoles pagar caro sus caprichos y es sugestivo el hecho de haberles obligado á pagar fuertes multas los obreros á los patrones, lo que importa decir que los sindicatos sólidamente organizados no sólo conquistan mejoras, pues también en sus luchas cosechan pesos que sirven para costear los gastos de guerra [...] Los tallistas han obtenido idénticas mejoras y siguen en pos de la eliminación total de la funesta costumbre de trabajar á destajo tanto más en un gremio cuyos méritos deben ser los golpes de arte dados en instantes iluminados, y no á tanto por molde, faena propia de la mecánica acción de un motor'***[390]

Ambos ejemplos muestran algunos de los efectos de esa nueva coordinación entre empresarios a través de los reglamentos sectoriales que simultáneamente intentaban dar más solidez y consecuencia a las declaraciones de *lock-outs*. Los resultados diferentes de la huelga de talabarteros y constructores de carruajes planteadas en condiciones similares de oportunidad estacional por dos gremios con una gran cohesión societaria y elevada calificación de sus miembros, que les permitía todavía restringir el acceso de nuevos operarios al mercado de trabajo, complicaba el dilema sobre el mejor procedimiento a adoptar para afrontar las nuevas tácticas de los patronos. Poseer unas reservas financieras adecuadas para afrontar una huelga prolongada dejaba de ser una garantía de éxito incluso en una coyuntura en que los empresarios se podían ver obligados a acceder a las demandas obreras para no perjudicar las buenas expectativas que el mercado les ofrecía. El societarismo obrero se veía obligado a afrontar el impacto del asociacionismo patronal que no sólo se organizaba por sectores para homologar la organización de la producción sino también para afrontar los conflictos laborales, y a diseñar estrategias para enfrentarlo. Si bien lo consideraban todavía demasiado inmaduro en relación al grado de solidaridad y coordinación que había logrado la clase obrera, reconocían que los puntos débiles que hasta el momento impedían la cohesión interempresarial -y entre ellos la enorme competencia entre establecimientos de un mismo ramo así como la escala reducida de muchos de ellos cuyos propietarios difícilmente podían afrontar un conflicto prolongado - no existiría para siempre y serían anulados en un futuro no muy lejano en la medida que el desarrollo industrial -que consideraban ineluctable- condujera a una concentración del empresariado que facilitaría el frente patronal y haría en el futuro más difíciles las conquistas obreras.[391] Por ello la UGT, juzgando que la estructura industrial no había adquirido la complejidad y sofisticación de otros países, consideraba que todavía se estaba a tiempo para responder al lock-out y a la coalición patronal no sólo con las medidas habituales sino rescatando las viejas propuestas de desarrollo cooperativo -por lo menos en aquellos rubros donde se pudiera iniciar rápidamente la producción.[392] Ya había en marcha una fábrica cooperativa de cigarrillos -la «Empresa Obrera»- gestionada por esa federación, pero además algunas sociedades de resistencia apoyaban sus huelgas con la organización de cooperativas de producción como la Sociedad de Herradores Unidos.[393]

Mientras se producía este debate en las organizaciones obreras, la huelga general de los gráficos introdujo unas prácticas que ampliaría la panoplia de respuestas posibles a las coaliciones patronales.[394] Iniciada el 23 de septiembre de 1906, había sido convocada conjuntamente por las cuatro sociedades de resistencia con que contaba el gremio: la Federación de Artes Gráficas -adherida a la FORA-, la Unión Gráfica -adherida a UGT- y dos sociedades de afinidad nacional y de carácter

autónomo: *Genossenschaft des Buchgewerbes und verwandter Berufszweige* y la *Societé «Les Travailleurs du Livre»*, muy minoritarias respecto a las anteriores. Las reivindicaciones de los huelguistas eran un verdadero compendio de medidas destinadas a frenar el autoritarismo patronal. Incluían principalmente la abolición de medidas disciplinarias (supresión de certificados, reglamentos internos y el despido de obreros sin aviso previo), la protección de la calificación (no emplear más de un aprendiz por cada 25 obreros), de disuasión de la intervención policial (indemnización a los obreros detenidos por la policía) y de consolidación de la representación sindical (reconocimiento de las sociedades obreras).[395] Inmediatamente los patronos respondieron con el *lock-out*, de acuerdo con el pacto establecido por la Sección de Artes Gráficas de la UIA de junio de ese mismo año. Sin embargo, a los 15 días del inicio de la huelga, 92 establecimientos habían aceptado el pliego de condiciones presentado por las sociedades de resistencia.

Para acabar con el conflicto los patronos intentaron diversos métodos. Al comprobar que el *lock-out* no daba los resultados esperados presionaron a los importadores de papel para que no proveyeran a los talleres que, habiendo aceptando las reivindicaciones obreras, habían reanudado el trabajo. Por otra parte realizaron pedidos de trabajos a imprentas de la ciudad de Rosario y La Plata, pero las organizaciones obreras de la Capital obtuvieron la solidaridad de los gráficos de esas ciudades que se negaron a efectuar los trabajos enviados. Y por supuesto se recurrió a la intervención policial que, entre otros, intentó detener a uno de los principales dirigentes huelguistas, Luis Bernard, miembro de la UGT.[396]

Por su parte los trabajadores aplicaron diversas medidas durante la huelga. Una de ellas fue la reanudación del trabajo en los establecimientos que habían aceptado las reivindicaciones -táctica de uso frecuente que ya hemos observado en otros conflictos. También utilizaron el *picketing* y la publicación de listas nominales de *carneros* (esquiroles), pero es probable que la intimidación haya superado el ámbito de la sanción moral -era un método que se utilizaba desde mucho tiempo antes- para internarse en una presión más directa sobre los obreros que continuaban trabajando y que probablemente adquirió visos violentos.[397] La persistente presión policial sobre los huelguistas obligó a los militantes obreros, especialmente a los vinculados al movimiento anarquista, a plantearse métodos de confrontación alejados de la ortodoxia hasta entonces practicada, coincidentes en el tiempo con las decisiones de los obreros gráficos, y que eran expresados con la misma ambigüedad calculada

> ***'Existe el propósito de que las sociedades obreras desaparezcan; he ahí todo [...] el hecho brutal en sí, es que los obreros son detenidos sin ton ni son, porque sí, y que el abuso debe concluir de una vez [...] Hay que echar mano de otros medios. Hay que arbitrar recursos eficaces para cortar el mal. Es preciso buscarlos, hallarlos y ponerlos en práctica. Ora fundando otro 24 de Noviembre en donde se detenga á los pesquisas; ora yendo en masa á las comisarías á protestar por las detenciones arbitrarias; ora constituyéndose en prisión los compañeros de los detenidos; ora realizando actos que contengan el avance de la policía, actos que no podemos precisar, pero que se les puede ocurrir á los compañeros y darlos á conocer para que los sigan los que los aceptan, los que los crean útiles y apropiados'.***[398]

La violencia propugnada y empleada en algunos sectores del movimiento obrero durante y después de las huelgas con capataces y obreros desafectos parecía haber adquirido una importancia mayor que en épocas anteriores. Testimonio de ello es al preocupación expresada ante el incremento de la violencia durante los conflictos por Luis Emilio Recabarren, futuro fundador del Partido Obrero Socialista de Chile y exiliado en ese momento en Buenos Aires. En su doble carácter de socialista y obrero gráfico recriminaba a sus compañeros de gremio el tratamiento agresivo que proponían para los obreros rompehuelgas. Recabarren -dirigiéndose tanto a sus camaradas socialistas como a los anarquistas- consideraba que los obreros que sostenían programas emancipadores que proyectaban en una sociedad éticamente superior al capitalismo, no debían descender a prácticas que los equiparaban a los esbirros de la burguesía, y que no tenía cabida en las filas societarias ni el rencor ni la represalia ya que el problema de los obreros desafectos residía en el

> ***'...determinismo de los seres que los irresponsabiliza en nuestro concepto moderno ó de la ley atávica heredada en la sangre y en el ambiente que hace de nuestros propios hermanos nuestros propios verdugos...'***

aunque admitía el uso de métodos enérgicos durante el curso de una huelga

> ***'Durante una huelga, será racional, será aceptable que se usen todos los medios lícitos e ilícitos para que haya unanimidad de acción y de conducta. En esos momentos todos los procedimien-***

tos que se usen para evitar que haya carneros *serán excusables, pero después de él ningún objeto práctico resulta'*

y acababa reconociendo el papel creciente de procedimientos disciplinarios entre los obreros como respuesta a la intensificación del conflicto social, a las agresiones que descargaban sobre ellos patronos y autoridades políticas, como otro mecanismo de integración y cohesión de los obreros como clase en los momentos de conflicto.[399] El desenlace de la huelga, que acabó en un empate en uno de los ramos con mayor tradición de oficios y de mayor volumen de actividad dentro del sector secundario, produjo una ruptura en el curso de las relaciones laborales cuyos alcances no podía ser visibles inmediatamente.[400] El 14 de noviembre se reunió una comisión mixta obrero-patronal formada por representantes de la Sección de Artes Gráficas de la Unión Industrial Argentina y de la asamblea de obreros gráficos (los patronos no habían aceptado la representatividad de las sociedades de resistencia). Entre los representantes obreros destacaban José Basalo, anarquista, quien había sido miembro del primer comité administrativo de la FORA después de su fundación en 1901 y Luis Bernard -quien era uno de los principales difusores de las propuestas del sindicalismo revolucionario en el seno de la UGT.[401] La representación patronal estaba integrada por representantes de cuatro de los principales establecimientos gráficos de la ciudad de Buenos Aires -P. Coni, E, Grunche, P. Rotger y J.L. Rosso-, lo cual revela la importancia que los empresarios otorgaban al acuerdo.[402]

La comisión elaboró un convenio, que fue aprobado en asamblea de los huelguistas cuatro días más tarde -con una vigencia acordada de dos años, y renovable automáticamente sino mediaba denuncia de las partes- y creó un tribunal mixto encargado de vigilar su cumplimiento y resolver los conflictos que surgieran de su aplicación. Era el primer reglamento sectorial que no era elaborado unilateralmente por los empresarios. Recogía bastantes de las reivindicaciones que habían motivado la huelga aunque sin alterar el molde definido previamente por el acuerdo de junio de la sección patronal de la UIA. Los trabajadores alcanzaron dos objetivos de sus reivindicaciones: proteger el empleo de mano de obra cualificada (prohibición de emplear aprendices menores de 14 años y analfabetos), impedir las represalias y *listas negras* (el certificado sólo registraría datos nominales y sobre la categoría del trabajador; el despido exigía el preaviso de 6 días); pero no pudieron suprimir el destajo y en general el control de la organización del trabajo que continuaban firmemente en manos del empresario, aunque éste no

podía alargar la jornada a voluntad, que quedaba fija a través de su declaración formal y el pago de horas extraordinarias.

Un nutrido grupo de empresarios de este sector, a pesar del acuerdo -o tal vez como consecuencia del mismo- decidieron una vez finalizado el conflicto transformarse en importadores de los mismos productos gráficos que fabricaban, aduciendo el alza de costes que habían generado las concesiones otorgadas por el acuerdo, aunque realmente sólo se había incrementado el valor de las horas extra.[403] Del mismo modo, las empresas de fabricación de cerillas, durante la huelga de sus trabajadores habían recurrido al apoyo estatal para que el gobierno le eximiera de los derechos aduaneros para dedicarse a la importación de un producto para el que antes, como fabricantes, habían exigido y obtenido la protección aduanera.[404] Estas intenciones, aunque parciales, también arrojan luz sobre los niveles de inversión en el sector secundario, que permitían a los empresarios pasar de fabricantes a importadores de sus propios productos para vencer una huelga o prevenir otras y además obtener beneficios, y también otro ángulo desde el que observar como el estado podía colaborar con el empresariado del sector secundario sin transferencias de rentas y recursos del sector agroexportador.

Si bien en 1907 se alcanzó el número más elevado, hasta el momento, de huelgas y huelguistas, los resultados del esfuerzo obrero fueron mucho menos brillantes que lo que las cifras sugieren, invirtiéndose completamente la relación entre victorias y derrotas observada en 1906. Hay que consignar, como ya he destacado, que existían dos factores principales para explicar este curso de 1907. Uno era la recesión que frenaba la expansión económica experimentada hasta el año anterior. El otro, el control del proceso de trabajo superaba a los motivos salariales como desencadenante de huelgas. El primero era un factor que debilitaba pero al mismo tiempo exasperaba a los trabajadores; y el segundo, continuaba siendo el verdadero núcleo duro de las relaciones entre patronos y asalariados.[405]

Si tenemos en cuenta las huelgas consideradas de mayor interés o principales por el Departamento Nacional del Trabajo para 1907, y excluyendo por el momento las dos huelgas generales, la mayor conflictividad corresponde a los trabajadores de oficio que componen casi la mitad de los huelguistas y protagonizan los dos tercios de las huelgas, teniendo en cuenta que en los sectores más afectados por el movimiento huelguista empleaban muchos más obreros no cualificados que cualificados. Lo mismo sucede si consideramos el número y tipo de los

trabajadores participantes en las huelgas generales de enero y agosto. Por lo tanto en 1907 volvemos a comprobar que en líneas generales están presentes en el movimiento huelguístico las dos grandes líneas reivindicativas antes mencionadas, aunque con un peso diferente.

En 1907, las huelgas donde se planteaban cuestiones salariales sólo correspondieron a poco menos de la cuarta parte del total, mientras que constituyeron casi la mitad de las que obtuvieron un resultado favorable, que generalmente era la concesión de la reivindicación salarial en detrimento de otras que se hubiesen presentado con ella. Para un sector constituido mayoritariamente por trabajadores cualificados como el metalúrgico, -especialmente en el ramo de fundición-, la mayoría de las huelgas entre 1907 y 1908 tuvieron como objetivo la reducción de la jornada laboral o la disputa por el control interno de la disciplina en los establecimientos, no siendo infrecuentes aquellas en que se exigía la destitución de capataces arbitrarios u obreros colaboracionistas.[406] La lucha por la disminución de la jornada significaba también el rechazo del convenio patronal del sector que había establecido unilateralmente el compromiso para todos los propietarios de establecimientos de este ramo no reducir la jornada a menos de 9 horas, más los ya conocidos métodos de control mediante la exigencia de certificados a los trabajadores que ingresaban en un establecimiento, con multas establecidas para quienes no cumplieran el convenio. Por lo tanto, a través de la lucha por reducir la jornada no sólo estaban buscando una mayor remuneración sino el intento de invalidar una normativa fruto de la coalición patronal que significaba otro golpe a su autonomía dentro del trabajo a expensas de los patronos.

Al finalizar la huelga general de agosto de 1907 motivada por los acontecimientos de la ciudad de Ingeniero White (ver pág. 167 y sig.), la dirección del Ferrocarril del Sud decidió cerrar los talleres de Banfield -próximos a la ciudad de Buenos Aires- con el pretexto de redimensionar su plantilla. El *lock out* fue interpretado por los trabajadores como una represalia por su participación en la huelga general. Al reabrir la empresa los talleres el 26 de agosto, decidió no readmitir a los trabajadores más destacados por su actividad sindical, así como los de mayor antigüedad en el puesto de trabajo.[407] Los obreros respondieron con la huelga, sumándose pronto a la misma otros talleres del mismo ferrocarril -algunos sitos en la ciudad de Buenos Aires (talleres de Sola y Constitución) y otros en las proximidades de la ciudad de La Plata. El PSA apoyó la huelga con gran entusiasmo, llegando a decir que

'Puede con razón afirmarse que esta contienda es la más hermosa y la más grande que el proletariado del país haya librado contra la prepotencia capitalista'.[408]

Su aspecto más novedoso fue que los huelguistas solicitaron al Departamento Nacional del Trabajo una mediación para solucionar el conflicto.[409] En enero de 1908 los miembros del comité de huelga redactaron una extensa memoria sobre los antecedentes y características del conflicto, destacando que su adhesión a la huelga general de agosto se había debido a la solidaridad que ellos consideraban obligada

'...á los demás trabajadores del país por idénticos intereses y sentimientos de clases'

y no contra la empresa en la que trabajaban en particular, afirmando que los trabajadores que la empresa pensaba despedir no sólo eran los más activos y capacitados en la defensa de los derechos gremiales sino también

'...diligentes en el trabajo, competentísimos en el desempeño de su profesión, cualidades éstas, que reconocen los superiores y que más de una vez han elogiado'.

La duración de la huelga se debía tanto a las dificultades que la empresa tenía para conseguir reemplazantes de la misma destreza y preparación, a pesar del tradicional apoyo gubernamental, así como a su capacidad para afrontar un cese durante varios meses del tráfico ferroviario, propio de una empresa de esa escala. Esta situación fue la que decidió a los huelguistas solicitar la intervención del Departamento Nacional del Trabajo, ya que contaban con un precedente de mediación favorable.[410] Esta les había permitido obtener unos incrementos salariales del 10 al 15 por ciento después de sostener una huelga entre febrero y abril de 1906. Sin embargo en este caso, esas expectativas serían defraudadas. Las empresas eran mucho más reticentes a ceder en aspectos de organización y autoridad en las relaciones laborales que en las cuestiones de remuneración, y la huelga -en la que no faltaba la habitual intervención policial en apoyo de la dirección de la empresa- finalizaba el 28 de enero de 1908 con un rotundo fracaso.[411] La dirección de la empresa respondió negativamente a la invitación del Departamento Nacional del Trabajo para establecer algún tipo de conciliación, y no dejó ningún tipo de duda sobre cuales eran los aspectos sobre los que no estaba dispuesta a ceder

'...hace algunos meses los obreros efectuaron un paro, arbitrario y sin aviso, de sus tareas, obligando á la empresa á clausurar los talleres para reorganizarlos bajo la base de la disciplina y el orden, alterados á la sazón por elementos nocivos que era menester separar'.[412]

A pesar del fracaso de los huelguistas ferroviarios, el Departamento Nacional del Trabajo continuó siendo considerado por determinados sectores de trabajadores como un instrumento alternativo para desbloquear y resolver disputas con los patronos, aunque su competencia era muy limitada ya que carecía de capacidad jurídica para imponer soluciones a los conflictos. La disposición de los ferroviarios a la mediación, sumada a la de otros sectores del mundo del trabajo -como sucedió con los gráficos en 1906- revela la intención de aprovechar cualquier intersticio que permitiera neutralizar -siquiera en parte- la acción represiva del estado sobre el movimiento obrero utilizando aquellas instituciones en las que la autoridad política actuaba como forzoso interlocutor.[413] Esta reconsideración del papel potencial del estado conectaba en parte con cierta tradición obrera, anterior a los grandes conflictos del cambio de siglo, la cual lo veía como una estructura con un posible papel arbitral o por lo menos neutral frente a los conflictos de obreros y patronos; la que había movido a la primera federación obrera a elevar un petitorio en 1891 al congreso y al gobierno nacional.[414] Estas nuevas expectativas entraban en conflicto con la opción por el antiestatismo, muy asentada en el movimiento obrero y durante mucho tiempo alimentada por las intervenciones gubernamentales en la primera década de este siglo. La FORA y la UGT rechazaban de plano la existencia de tribunales arbitrales permanentes, mientras que en 1907 la UIA comenzaba a verlos convenientes, basándose en el éxito con que -juzgaba- funcionaba la comisión mixta gráfica, cuya creación atribuía a la iniciativa de los patronos.[415] Entre los mismos trabajadores gráficos existían dudas sobre su eficacia para solucionar conflictos, ya que consideraban que los fallos sólo podían sostenerse con el respaldo de una organización obrera con la fuerza suficiente como para imponer a los empresarios su cumplimiento mediante la acción directa, justamente el recurso que se trataba de evitar mediante el arbitraje y las comisiones mixtas obrero patronales. Un miembro de la comisión gráfica lo expresaba de este modo

'...¿de qué sirve que el árbitro solucione el conflicto, si el fallo ha de ser violado en perjuicio de la parte que esté menos preparada para la lucha?, y, si por la igualdad de condiciones en que se encuentran los contrincantes para un combate, se acata lo resuelto, esto significa que se acepta momentáneamente, y que cuando uno esté en condiciones superiores al otro violará lo acordado, sin importársele un ápice del árbitro ó comisión mixta, puesto que si lo aceptó fué por la fuerza de los hechos'.[416]

Era esa perspectiva de convertir los conflictos laborales en un perpetuo juego de negociación *incruenta* junto a la división del movimiento sindical, el factor sobre el que el PSA comenzó a explorar y teorizar las vías alternativas a la confrontación abierta con el poder político y empresarial representado por la huelga *salvaje* y, en primer término, la huelga general. Ese también era el punto que, a la postre, iría diluyendo el mordiente del anarquismo en las filas obreras. El convenio obtenido por los gráficos se convirtió para los socialistas en la brújula que debía orientar al movimiento obrero por el mar proceloso de la desorganización y desintegración de las nunca demasiado concurridas sociedades de resistencia

'La gran huelga realizada el año 1906 y que terminó con una sanción arbitral ha continuado ejerciendo influencia en el ánimo de estos trabajadores [...] La acción a desarrollarse, pues, es más complicada y requiere suma habilidad é inteligencia en los trabajadores investidos con tan delicado cargo, puesto que la obra en ejecución representa el esfuerzo colectivo de unos 8000 hombres, que prescinden del rudimento de la huelga para entrar a parlamentar de potencia á potencia. Este sistema de solucionar las diferencias que surgen entre opresores y oprimidos tiende á un fin práctico y eficaz, morigera la aspereza de la lucha y evita sacrificios que en otros terrenos pueden resultar estériles ó contraproducentes. La «entente» establecida entre ambos beligerantes es significado de una mayor conciencia y de un sentido práctico, que, hoy por hoy, desconocen la mayoría de los trabajadores organizados'.[417]

Era una propuesta de integración de la *cuestión social* a través de la legalización del conflicto de clase con la expectativa, que de este modo, el resto de la sociedad iría aceptando progresivamente la intervención *controlada* de los representantes de los trabajadores en el terreno económico para más adelante alcanzar el político. En 1909 las federaciones sindicales sin cuestionar del todo el método disputarán al partido

socialista el desempeño de la interlocución con el poder político (ver pág. 187).

También este año alumbró un movimiento huelguístico de carácter heterodoxo: la huelga de inquilinos que se desarrolló durante los meses de septiembre, octubre y noviembre. El aumento incesante de los alquileres, sumado a las deplorables condiciones de las viviendas populares -*coventillos*- en la ciudad de Buenos Aires, había sido un tema tratado repetidas veces en el movimiento obrero. La reanudación de la inmigración en gran escala a había agravado el problema del hacinamiento y elevado los precios, especialmente en la Capital Federal que era donde quedaba el mayor remanente de los inmigrantes. Por iniciativa de los tipógrafos adheridos a la FORA se había constituido, en noviembre de 1906, la Liga Contra los Alquileres e Impuestos con el objeto de obtener una disminución del 50 por ciento en el precio de los alquileres mediante una acción coordinada de los asociados, quienes se comprometerían a abonar solamente la mitad del alquiler que estaban pagando.[418] La huelga se desencadenó cuando los propietarios decidieron aumentar los alquileres al anunciar la Municipalidad de Buenos Aires un aumento de sus impuestos para 1908. Los huelguistas organizaron comités en cada barrio que centralizaban las actividades de propaganda, solicitud de apoyo y la conexión con los ocupantes de otras viviendas; y con otras poblaciones aledañas a la capital y algunas ciudades importantes del interior del país.[419] Los propietarios se agruparon en una asociación -imitando de este modo a las organizaciones patronales- denominada Corporación de Propietarios y Arrendatarios e intentaron coordinar los desalojos y la exclusión de los activistas de sus viviendas. El gobierno municipal intentó mediar en el conflicto, pero sin éxito. A medida que este se extendía y que muchos ocupantes resistían los desalojos comenzó la intervención policial que culminó con el asesinato de un obrero -Miguel Pepe- el 22 de octubre. El movimiento terminó extinguiéndose entre finales de noviembre y mediados de diciembre con resultados disímiles ya que en algunos inquilinatos se había obtenido una disminución de los alquileres mientras que en otros no se había podido resistir siquiera el desalojo. De cualquier modo la victoria parcial duró poco, pues antes de fin de año volvían propietarios y arrendatarios a elevar los alquileres.

Los socialistas apoyaron la huelga, pero no le otorgaron una importancia equivalente a los conflictos laborales. Prueba de ello, es el lugar más destacado que ocupaba en *La Vanguardia* el conflicto del Ferrocarril del Sud, mientras que la huelga de inquilinos quedaba relegada a un discreto segundo plano, a pesar de la extensión de la huelga y el número de sus participantes. En cambio los núcleos anarquistas le brindaron un extraordinario apoyo, y le otorgaron un alcance mayor que el de sus objetivos declarados.[420] A pesar de que ambas tendencias estaban de acuerdo en incluir dentro de la categoría de explotadores de la clase obrera a los proveedores de bienes y servicios -tales como comerciantes, propietarios de viviendas y prestamistas-, la actitud frente a esta huelga reflejaba un enfoque distinto de la naturaleza de los conflictos sociales. Para el PSA el problema de los alquileres era un producto indirecto del dominio burgués sobre la esfera económica y por lo tanto el movimiento no era estrictamente una protesta obrera, sino una protesta de pobres, de víctimas pero no de activos luchadores contra la explotación, por eso constataba en las asambleas de huelguistas que

> ***'La masa era realmente de obreros hostigados por el deseo de remediar su situación insoportable de unos alquileres caros, no la masa que suele verse en las reuniones de las colectividades obreras'***

pagando así su deuda con el *tradeunionismo* que estaba -a pesar suyo- en sus raíces.[421] En cambio para los anarquistas, que en esos momentos comenzaban a debatir críticamente el concepto de lucha de clases al afirmar que sólo servía para obtener mejoras económicas, pero inoperante para suprimir el poder político estatal que era el pilar fundamental de la opresión, la huelga de inquilinos representaba una ampliación del horizonte de la lucha antiautoritaria, contra el despotismo que las elites propietarias ejercían sobre sus subalternos independientemente del carácter productivo o de consumo de unas relaciones económicas en que estaban unos y otros.[422] Como afirmaba Eduardo Gilimón

> ***'En algunas casas de departamentos, habitadas por personas que no podían considerarse como proletarias, inicióse también la resistencia al pago de los alquileres, amenazando convertirse la llamada huelga de inquilinos en algo formidable, en una especie de revolución, en un atentado serio contra el derecho de propiedad, ese derecho que hace de un propietario un señor feudal, un dueño absoluto sobre el que nada puede, ni aún la necesidad de vivir, el derecho a la vida inherente a todos los humanos, que es el primero de todos los derechos, porque en él reposa la vida, es la vida misma'.***[423]

La huelgas generales de 1907.

La huelga general de enero de 1907 fue convocada en respuesta a la dura represión sufrida por los trabajadores de la ciudad de Rosario, quienes se habían comprometido en una huelga local rechazando la imposición de un registro de control de la conducta de los trabajadores del transporte urbano. El movimiento anarquista saludó la huelga general rosarina en la que veía un superación de la tendencia -a su juicio- excesivamente economicista que había adquirido la actividad de una parte de las sociedades de resistencia en la última época, con estas palabras

> *'El revolucionario acto de las masas proletarias de la Chicago argentina no obedece al afán ó al deseo que fuera justo de alcanzar mejoras económicas. No, esta huelga no es huelga de intereses. Es huelga de dignidad. Es huelga de conciencias. Es huelga de valientes'.*[424]

A pesar de que la prensa y los círculos económicos locales le exigieron al gobierno la instauración del estado de sitio, una parte de los comerciantes nucleados en la Bolsa de Comercio de Rosario consideraban responsables a las autoridades locales de la magnitud del conflicto por su escasa sensibilidad hacia las demandas obreras, con lo cual un sector de las clases medias se situaba frente a las autoridades políticas y complicaba aún más el curso de la huelga.[425]

En Buenos Aires la FORA y la UGT declararon la huelga general indefinida para el día 25, invitando a sumarse a la convocatoria a las organizaciones sindicales llamadas "autónomas" (ver pág. 50): Confederación de Ferrocarrileros, Conductores de vehículos, Ferrocarrileros del Sud, Constructores de carruajes, Constructores de carros y Obreros Sastres. Los tres primeros eran vitales para lograr una paralización total del país, los últimos porque con una fuerte organización societaria y experiencia de lucha eran capaces de arrastrar con su prestigio a otras sociedades indecisas.[426] En su convocatoria a la huelga general ambas federaciones enunciaban los motivos generales y particulares de la misma

> *'Las penas y dolores del pueblo obrero, del que da vida á la región entera, del que á todos sustenta y todo lo crea, todo lo produce, no causan la más mínima impresión en los que del esfuerzo del brazo proletario, del sudor del hijo del trabajo viven, dilapidando, derrochando, malbaratando fortunas que podía ser el sustento y bienestar de millares de familias [...] De un lado los legisladores se aumentan en un cincuenta por ciento sus enormes sueldos percibidos por no hacer nada, ni siquiera concurrir al recinto que llaman sagrado, y por otro lado los alquileres de nuestras miserables viviendas, asiento de toda enfermedad y toda incomodidad, absorben la mayor parte de nuestros exiguos jornales [...] De un lado se nos atropella á tiros y sablazos en cuanto se efectúa un mitin cualquiera, y de otro lado se favorece á los capitalistas dándoles soldados para que nos reemplacen en las huelgas y alterando las leyes aduaneras para que nuestras aspiraciones y esfuerzos resulten defraudados é inútiles. De un lado se dictan disposiciones vejatorias, humillantes que están en pugna abierta hasta con esa constitución que siempre se nos está poniendo de manifiesto como un dios á quien hubiera que prestar adoración, y de otro lado se amontonan soldados y buques de guerra para domeñar á los que no quieren se les marque infamantemente en libretas de conchabo como si fueran delincuentes'.*[427]

Sin embargo dudaban sobre su conveniencia los delegados de sociedades de resistencia de la UGT que eran miembros del partido socialista. Los representantes de los bronceros y de los trabajadores de las fábricas de cerillas fueron los que criticaron la forma en que se estaban adoptando decisiones y aducían que además de no tener mandato de sus representados, la huelga perjudicaría más que favorecería a los obreros de Rosario. Los delegados que respondían a la corriente sindicalista, defensores de la convocatoria de huelga sin dilaciones, terminaron imponiéndose sobre los socialistas pero con sólo una mayoría relativa.[428]

A pesar de las dudas y divergencias en el seno de los activistas y de la intimidación policial que clausuró numerosos locales obreros en la ciudad de Buenos Aires desde el primer día de la huelga, la adhesión de las sociedades de resistencia fue casi total así como la participación de los obreros de Buenos Aires.[429] Incluso los trabajadores de las fábricas de cerillas cuyos delegados habían decidido no sumarse a la convocatoria o los estibadores que no habían demostrado demasiado entusiasmo en los debates previos participaron en un elevado porcentaje en la movilización que incluía a dos tercios de los trabajadores de los sectores secundario y de servicios de la Capital Federal.[430] Pocos fueron los colectivos de trabajadores que acataron la decisión de no participar de

sus representantes sindicales: ferroviarios (excepto los trabajadores del FF.CC. Sud), fundidores tipógrafos, bronceros y torneros en madera. La participación minoritaria en la huelga de estos dos últimos gremios contrasta con la *desobediencia* de los trabajadores cerilleros, y refleja, junto con otros sectores de trabajadores de oficio que participaron activamente -constructores de carruajes, ebanistas, gráficos, etc.-, la mayor representatividad de la sociedad de resistencia en esos ámbitos que en los del trabajo no cualificado, respecto a las decisiones adoptadas a favor o en contra, a pesar del bajo nivel de afiliación predominante en las organizaciones sindicales. El 27 de enero finalizaba la huelga general al llegar la Municipalidad de Rosario a un acuerdo con la federación local de la FORA que suprimía el sistema de registro que había sido el origen del conflicto, quedaban en libertad los detenidos durante la huelga y reincorporados los trabajadores despedidos.[431] Esta huelga general marca un hito en el proceso de conformación de la clase obrera argentina junto con la primera huelga general de 1902, a pesar de que las movilizaciones masivas se prolongarán hasta 1909. Como la huelga de 1902, esta habría sido la culminación de la agregación de múltiples experiencias obreras en el rechazo de las nuevas condiciones de explotación y de aprendizaje de la colaboración entre gremios, que les permitió adquirir la noción de solidaridad al definir mejor el sentido de clase alcanzando la unidad entre los diferentes gremios, sin desdibujar la diversidad de sus caracteres específicos, en la medida en que iban siendo sometidos a una explotación convergente en sus métodos e intensidad. Al finalizar la huelga general de enero de 1907 el PSA constataba que su realización, a pesar de que continuaba considerándola una reacción inoportuna y desproporcionada, demostraba la instalación de una consciencia clasista entre los obreros argentinos

> ***'La reciente huelga es una prueba más de la existencia y el desarrollo en este país de esa gran fuerza de la nueva psicología social, la solidaridad obrera y con la expontaneidad y la energía de las fuerzas elementales. Nuestros tratadistas de economía social ya no podrán explicar lo infundado del Socialismo, enumerando el rosario de tendencias y virtudes económicas que atribuyen al hombre: el instinto de la propia conservación, el de reproducción, la laboriosidad, la tendencia al ahorro, la adquisividad, la economicidad. Pero junto con todas esas abstracciones y antes que muchas de ellas, deberán ver el enorme hecho concreto del sentimiento de clase que vibra en el pueblo trabajador'***[432]

También contribuyó a unificar coyunturalmente a la clase obrera la intensificación de la represión al movimiento obrero entre ambas huelgas generales -aplicación de la ley de Residencia, utilización del estado de sitio para paralizar el movimiento huelguístico, y ataque sobre la liturgia obrera al reprimir las manifestaciones del 1° de mayo de 1904 y 1905. La violencia estatal se combinó en el campo visual de la clase obrera con las medidas *económicas* adoptadas por el gobierno que afectaban a los trabajadores en su vida cotidiana, como la política impositiva y el estímulo a la inmigración que era visto como fuente de desempleo y de depresión salarial. Entre los trabajadores crecía la convicción de que la violencia *extraeconómica* se había instalado definitivamente en el marco de sus relaciones laborales y de ella dependía en gran parte la capacidad patronal para intensificar la explotación de sus trabajadores y rechazar cualquier reivindicación que les favoreciera.

La imposición del uso de la libreta de identificación era vista como formando parte de un programa más vasto por medio del cual el estado pretendía relegar definitivamente a los obreros a una posición subalterna frente a las otras clases de la sociedad

> ***'Si los conductores de carros y carruages hubieran acatado la ordenanza municipal, á estas horas esta orden habría sido extendida á los estibadores, panaderos, matarifes, etc, y demás gremios cuya esclavitud más completa conviene á los intereses oficiales y capitalistas'.***[433]

Otro factor que indudablemente reforzaba la coordinación de las acciones de protesta era la unidad patronal con que se encontraban las sociedades obreras en conflictos parciales o sectoriales. Principalmente desde 1904 y con frecuencia creciente las sociedades de resistencia debían enfrentarse con coaliciones patronales que elaboraban reglamentos de ramo, capaces de penalizar aquellos miembros que no cumplían los acuerdos de solidaridad y que utilizaban el *lock-out* -que parecía una imagen especular de la huelga- dificultando la aplicación de la huelga por turnos o la huelga reglamentaria.[434]

Para los anarquistas y las sociedades de resistencia agrupadas en la FORA la huelga general había además significado que los temores y preocupaciones sobre un excesivo protagonismo de las reivindicaciones salariales sobre las que estaban ligadas al control y la autonomía obrera en el proceso de trabajo frente a las imposiciones patronales, eran infundadas ya que

'...nos es grato notar en esta huelga general que ha unido firmemente al proletariado argentino fusionándole *más que todos los escritos y pactos congreseriles, que el hecho que ha motivado el gallardo movimiento no ha sido un mezquino y sórdido interés de lucro, sino un deseo de libertad, de independencia, de que la dignidad humana no sea sometida á trabas, vejámenes y reglamentos'*[435]

'Y si volvemos á examinar la causa primera del movimiento, tenemos que la actitud asumida por los conductores de vehículos ha obedecido á una razón de orden completamente moral y no á una razón económica. Y el paro de los demás gremios ha obedecido, también, á una razón moral: á la idea solidaria. Y la huelga general declarada por los consejos de la F.O.R.A. y la U.G. de T. se ha fundado, también, en una sola causa también moral: la solidaridad'.[436]

Para el sector sindicalista el éxito de la huelga general confirmaba la posibilidad de la acción conjunta de la UGT y la FORA, reforzando la tendencia favorable a la fusión entre ambas federaciones obreras. Sin embargo, inmediatamente después de su finalización comenzaron a aflorar las discrepancias y tensiones que habían rodeado su convocatoria. Las sociedades de resistencia que no habían secundado la huelga general criticaron la forma en que se había adoptado la decisión de apoyo a la huelga, sin consultar a las sociedades afiliadas y su subordinación a los dictados de la FORA; y algunas -como Fundidores Tipográficos, Pechereros y Anexos, Horneros y Anexos- se separaron de la UGT.[437]

El PSA durante el conflicto, e incluso luego del mismo, mantuvo un apoyo distante que revela el peso de su línea doctrinaria respecto a la huelga general. Durante la misma no renunció a informar sobre las posturas disidentes adoptadas por militantes socialistas en las sociedades de resistencia que habían adherido -como por ejemplo, en la todavía Unión Gráfica- al tiempo que informaba sobre la evolución de la huelga con matices menos triunfalistas que los artículos y comunicados de las dos federaciones obreras.[438] Y en términos generales opinaba, reconociendo la contundencia de la protesta obrera, que la huelga general perjudicaba no sólo a las clases dominantes, sino también a los propios trabajadores que eran afectados porque dejaban de percibir sus salarios durante la misma y la huelga paralizaba el crecimiento de la economía.[439] Otro corolario que extraían de la huelga general significaba en

la práctica su negación como posibilidad. Para ello utilizaba como ejemplo la actitud de los empleados de las compañías de tranvías que se habían unido a la huelga general aprovechándola para plantear también sus reivindicaciones específicas, sin lograr resultados apreciables ya que continuaban con su medida de fuerza después de finalizar la huelga general sin obtener una respuesta favorable de la dirección de las empresas.[440] Como siempre la alternativa que surgía era la huelga parcial minuciosamente planificada.

La segunda huelga general, en agosto de 1907, también fue convocada para condenar una acto de represión, la masacre perpetrada por fuerzas de marinería sobre los huelguistas de Ingeniero White, población cercana a la ciudad de Bahía Blanca en la provincia de Buenos Aires. En esa ciudad se había iniciado el 23 de julio una huelga de remachadores que exigían la jornada de ocho horas, un aumento salarial del 30 por ciento y los despidos de un capataz muy autoritario y un obrero esquirol. El primer día de huelga se produjo un enfrentamiento en el que resultó muerto el capataz y malherido el obrero colaboracionista. A continuación un grupo de marinería de la Subprefectura Marítima enviado a la Casa del Pueblo, donde estaban reunidos en asamblea más de 300 huelguistas, abrió fuego matando a seis participantes de la asamblea -entre ellos un niño de 12 años- e hiriendo a otros veinticuatro. La reacción inmediata de la federación local de la FORA de Bahía Blanca fue convocar la huelga general en la ciudad, en medio de la indignación de la población ante la carnicería llevada a cabo por las fuerzas armadas. Pero no se detuvo ahí la represión, al repetirse la agresión contra el cortejo fúnebre al no obedecer la orden de proseguir su marcha frente a la sede de la Subprefectura Marítima. En la cámara de diputados los diputados conservadores elogiaron la actuación de los marinos.[441]

La FORA y la UGT decidieron convocar la huelga general en solidaridad con los trabajadores de Ingeniero White y Bahía Blanca. Los socialistas consideraban que la huelga, a pesar de su indiscutible legitimidad dada la gravedad de los hechos, no tenía demasiadas posibilidades de éxito al adelantarse la FORA en un día a la convocatoria de la UGT, y dudaba sobre el poder de convocatoria de las sociedades obreras, mientras destacaba el papel singular que desempeñaba el diputado socialista en el parlamento como voz solitaria representando a los miles de obreros indignados por la represión.[442] Si bien la opinión del PSA se veía contradicha por lo que había mostrado la reciente huelga gene-

ral de enero -donde sociedades de resistencia con baja afiliación habían logrado movilizar a una gran mayoría del proletariado porteño- probablemente se apoyaba en el fracaso reciente del Congreso de Unificación UGT-FORA y aprovechaba la situación para dirigirse a los sindicatos autónomos y a la propia UGT presentándose como la argamasa capaz de soldar nuevamente las fisuradas filas sindicales. La huelga en la ciudad de Buenos Aires fue seguida por casi todos los sectores que habían secundado la de enero, si bien el número total de huelguistas fue menor que en esa oportunidad.

El bienio 1908-1909 se caracteriza por una acentuada caída del ritmo huelguista en la ciudad de Buenos Aires, que queda compensado en 1909 por la realización de dos huelgas generales.[443] El Departamento Nacional del Trabajo con la clara intención de demostrar su eficacia en la contribución a la paz social, substrajo del cómputo de huelguistas a los participantes en las dos movilizaciones masivas a las que clasificó como movimiento político más que sindical -lo que había evitado en 1907- resultando un descenso de la conflictividad laboral.[444]

Tabla XV. *Resultados de las huelgas en la ciudad de Buenos Aires, 1906 - 1909*

	Favorables		Transadas		Desfavorables		Totales
	frec. Abs.	%	frec. abs.	%	frec. Abs	%	
1906	65	38.24	30	17.65	75	44.12	170
1907	45	20.09	18	8.04	161	71.88	224
1908	22	14.57	9	5.96	120	79,47	151
1909	7	24.14	2	6.90	20	68.97	29

Fuentes: Elaboración propia a partir de: *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires, 1906* (para 1906); *Memoria de la Policía de Buenos Aires, 1906 á 1909*, Capital Federal, MCMIX (para 1907 y 1908); *B.D.N.T.*, 30/06/1909-31/03/1910 (para 1909, las cifras no corresponden a la totalidad de las huelgas de ese año si no sólo a las que el Departamento Nacional del Trabajo consideró más importantes en cada trimestre)

Los motivos de la retracción de la protesta obrera son de diversa índole. Con su recesión, 1907 implicó en relación al año anterior una inversión de la proporción de resultados favorables y desfavorables para los trabajadores, y aunque en 1909 se produce una recuperación económica -que a nivel popular se percibe poco- esa tendencia se mantiene y acrecienta, revelando un endurecimiento del conflicto laboral resultado de la lenta pero inexorable inclinación de la balanza de correlación de fuerzas desde el nivel del taller al institucional general a favor de los patronos. A ello también contribuía la coyuntura expansiva de la economía que al fomentar la *importación* de fuerza de trabajo creaba una

sobreoferta que contribuía a debilitar la capacidad de acción de los trabajadores.[445] Otro factor, ligado probablemente a los repetidos fracasos de las huelgas parciales sostenidas por el movimiento obrero fue el debilitamiento de la representatividad de las dos federaciones con la pérdida de numerosas sociedades de resistencia y el refuerzo del sector de sociedades autónomas, que si ideológicamente no se distanciaron de las opciones que representaban la FORA y la UGT, revelaban un acentuado interés en jugar sus esfuerzos reivindicativos en su ámbito específico sin esperar depender de la coordinación del apoyo de otros gremios que realizaban las dos grandes federaciones. Y ambos factores aparecen jugando un papel importante en el desacuerdo que se produjo en el societarismo obrero con motivo de la propuesta de la FORA de convocar una nueva huelga general para finales de diciembre de 1907 o comienzos de enero de 1908 en respuesta a la aplicación de la ley de Residencia realizada por el gobierno durante la huelga de inquilinos.

Pero la oposición más intensa a su convocatoria procedería de las mismas filas de la FORA.[446] Los delegados metalúrgicos al VII° congreso de la organización (La Plata, 15-19 de diciembre de 1907) consideraban, junto a otras sociedades de resistencia, que un factor contrario al éxito de la convocatoria era la reducida representatividad que tenían en ese momento las organizaciones sindicales. Los motivos, para los metalúrgicos, residían por una parte, en que coexistían diversos intereses en el seno del conjunto de la clase obrera, y por otra, que existían sectores sociales que sin ser antagonistas del proletariado se veían afectados por las consecuencias económicas de la huelga general. En el primer caso los problemas dependían de las características del mercado de trabajo argentino y el papel de la inmigración, que exigía la existencia de un gran contingente de trabajadores que acudían como trabajadores estacionales a la recolección del cereal y se ocupaban el resto del año como obreros no cualificados en el ámbito urbano, a los que había que agregar los trabajadores estacionales transoceánicos -*golondrinas*- que procedentes principalmente de Italia y España se desplazaban anualmente a Argentina, para retornar a sus países de procedencia, una vez finalizadas las tareas agrícolas.[447] De ellos destacaban su condición de temporeros pero aun más su condición de jornaleros como factores que dificultaban su adhesión a un movimiento, al que los trabajadores metalúrgicos, por ese hecho, tácitamente consideraban basado en los trabajadores y artesanos de los oficios urbanos

"...los que sin tener intereses directos á la conservación de la cosecha, se sienten atraídos en los centros agrícolas en los momentos de las cosecha, con la esperanza de reunir en unos meses de labor un peculio que otras épocas no se prestan á realizar. Van á la faena con esa idea bien determinada. La mayoría de esa gente, peones los más, no tienen afinidades con las entidades gremiales, por consiguiente no se sienten ligados por los lazos de solidaridad tan preciosos en esos momentos de pruebas. No hablo del contingente de brazos que todos los años acuden de Italia y España para las faenas. Ese elemento será francamente hostil al movimiento ya que desecharía el móvil que les hizo salir de su tierra para arriesgar las aventuras del viaje"

En segundo término también reconocían la existencia de un capa de agricultores no propietarios, a los que ellos no incluían dentro de la clase explotadora, que solicitarían del gobierno apoyo para impedir la huelga general que haría peligrar los esfuerzos y el sacrificio económico de un año que apenas compensaba la cosecha en su calidad de arrendatarios

'Pero las entidades obreras, no son todo el complejo social, y vemos multitudes de intereses atacados y amenazados por el paro general, que no son intereses capitalistas, ó especuladores de la actividad, sino de ínfimos trabajadores que han invertido todo el año en labrar y sembrar la tierra en la esperanza de ser compensados con una recolección rica y muy abundante'

En las conclusiones finales el análisis tocaba la naturaleza específica del modelo económico y social argentino, apartándose de la habitual referencia a los ejemplos europeos, para destacar que aquel había potenciado una clase dominante que no era la de los grandes capitanes de industria sino la de los grandes propietarios agrarios, otorgando el peso decisivo en la confrontación con la burguesía a segmentos de la clase obrera distintos a los que eran vanguardia en los países industrializados, especialmente los gremios relacionados con el transporte de frutos del país. Como estos atravesaban serias dificultades en ese momento, consideraban que era imposible el éxito de una huelga general sin su concurso, ya que las protestas de los otros grupos de trabajadores urbanos poco podían afectar los intereses de la gran burguesía agropecuaria, núcleo clave al que apuntar para presionar al estado

'...¿cómo se puede pensar en llevar á cabo un movimiento de tal magnitud, con el único concurso de los elementos conscientes es-

casos de una parte, y los gremios de las ciudades que en poco ó nada afectarían la recolección, y por consiguiente no tendrían ninguna influencia sobre la clase conservadora?'.[448]

La huelga se realizó finalmente los días 13 y 14 de enero de 1908, con escasa repercusión y apoyo, calculando el Departamento Nacional del Trabajo que habrían participado aproximadamente 5.000 obreros en la misma, a la que adhirieron principalmente los albañiles, panaderos, zapateros y conductores de carros.[449]

La gran afluencia migratoria al no afectar por igual a todos los colectivos obreros, no impedía a los de mayor cualificación protegerse bastante bien de la presión que sobre el mercado de trabajo se efectuaba en otros sectores. Nuevamente son casi exclusivos protagonistas de los escasos conflictos laborales que se producen durante 1908 y 1909. La UGT registra entre marzo de 1908 y febrero de 1909 un predominio del gremio de ebanistas en el movimiento huelguístico. Se trata de huelgas parciales, en un sólo establecimiento y en general de carácter defensivo para exigir la readmisión de despedidos o resistir la prolongación de la jornada. Sólo a comienzos de 1909 se produce una huelga que abarca a más de veinte establecimientos, donde los trabajadores exigían la abolición del trabajo a destajo. Los métodos que aplicaban durante la huelga demuestran una vez más el poder que conservaban para controlar sus condiciones de trabajo y explican como podían continuar sosteniendo un pulso con los patronos en medio de una apatía generalizada, ya que como medida de presión en esta última retiraban sus bancos y herramientas de trabajo que depositaban en la sede de la sociedad de resistencia.[450] En otros casos como los empajadores y vidrieros que trabajaban en la producción de *damajuanas* (garrafas o vasijas de vidrio recubiertas de mimbre), el escaso número de huelguistas permitía una entente entre ambos oficios -se trataba de un conflicto en las dos empresas del ramo- cuando al aceptar el empresario de una de ellas las exigencias obreras, mientras no había acuerdo con la otra, los trabajadores de ambas se turnaban en la primera para mantener así la huelga parcial.[451]

Sin embargo algunos de estos núcleos de trabajadores debieron afrontar durante este bienio nuevas métodos patronales destinados a liquidar lo que quedaba de la figura del obrero directivo, como sucedió con los constructores de carruajes que debieron afrontar el desarrollo de la descentralización de la producción.[452] Para defenderse, a comienzos de 1910, los miembros de la sociedad de resistencia de constructores de carruajes de la ciudad de Buenos Aires consensuaban una plataforma

reivindicativa y de acción que implicaba la abolición del trabajo a destajo, la exigencia de la construcción total del vehículo en el taller o fábrica principal y la aplicación del boicot a todas las cocherías que elaboraran piezas o adquirieran piezas elaboradas por trabajadores en régimen de subcontrata.[453]

La *Semana Roja:* la huelga general de mayo de 1909.

El 1° de mayo de 1909 la FORA convocaba su habitual manifestación en Buenos Aires, concentrándose los participantes en la Plaza Lorea para marchar desde ahí por la Avenida de Mayo llegando a la Plaza Mazzini, donde cinco años antes la policía había reprimido duramente la misma celebración. Inmediatamente después de iniciada la marcha formada por aproximadamente 2.500 personas, cargó la policía, bajo la dirección personal del su jefe -el coronel Ramón Falcón- acompañado del jefe del Escuadrón de Seguridad Jolly Medrano, descargando sus armas de fuego sobre la multitud matando a ocho manifestantes e hiriendo a otros ciento cinco, mientras algunos obreros repelían la agresión con disparos de revolver.[454] A continuación la policía, en una acción que tenía todo el aspecto de estar planeada y coordinada de antemano procedía a la clausura de los locales de las sociedades obreras.[455]

Los socialistas que habían convocado su manifestación por separado al recibir la noticia de la agresión policial anunciaron la necesidad de convocar una huelga general para conseguir la destitución del coronel Falcón y el castigo de los responsables de la matanza, y la confirmaron inmediatamente por medio de una resolución del Comité Ejecutivo del PSA, fijando para el día 3 el comienzo de la protesta. A esta convocatoria se sumaron rápidamente la UGT, la FORA y los sindicatos autónomos. A la exigencia central que animaba la protesta, la liberación de los detenidos y la apertura de sus locales, la sociedad de resistencia de los conductores de vehículos agregaba la abolición de la libreta municipal y el código de penalidades que debían entrar en vigencia el mismo 1° de mayo.

Era la primera vez desde 1902 que el PSA tomaba la iniciativa y parecía liderar una acción de este tipo.

El partido obrero sintetizaba en su declaración que si el motivo inmediato de la huelga había sido lo sucedido en la Plaza Lorea, significaba la expresión de un sentimiento colectivo alimentado por todas las

agresiones del gobierno a la clase obrera, sus organizaciones y manifestaciones

> ***'No sólo la impresión del momento; no sólo el sentimiento de los hechos que produjéronse minutos antes, determinó el movimiento expontáneo de los trabajadores hacia la huelga general. Había en la conciencia de todos, como arraigada, una necesidad de erguirse alguna vez para contener las maniobras permanentes del Gobierno en detrimento de la organización obrera.***
>
> ***El movimiento nacía, no únicamente para desagraviar á la clase mancillada por los sucesos de la Plaza Lorea: había en toda su expontaneidad la colaboración de los recuerdos: las masacres de la Plaza Lavalle, las de la Plaza Mazzini, las de la Plaza del Once, las del Puerto de la Capital, las huelgas de 1902, 1904 y 1905; las deportaciones realizadas al amparo de la ley de residencia; los estados de sitio, en los que la clase trabajadora fué la única víctima del vandalismo del gobierno; la desorganización de los sindicatos, fomentada por agentes secretos; la clausura de los locales, realizada tantas veces por capricho de cualquier jefe de policía; todos los actos, en fin, cometidos por la institución armada del Gobierno, por el Gobierno mismo, con el fin único de detener el avance progresivo de la clase trabajadora y sus conquistas eficaces en el terreno de la lucha política ó de la lucha sindical'***

y volvía a justificar, como en 1904, su pleno apoyo a la huelga general destacando que

> ***'La huelga ha tenido, pues, como puntos de mira, propósitos de índole esencialmente política, desde que, por un lado reclamaba de los poderes públicos del Estado la suplantación de un individuo en el desempeño de un puesto administrativo, no por razones económicas de clase, y sí por motivos de seguridad social; y por otro, la restitución al pueblo de sus derechos políticos de reunión'***

e incluso llega a insinuar el recurso a una insurrección armada donde los soldados deberían ponerse del lado del pueblo trabajador, si las autoridades no responden a sus demandas

> ***'Es de esperar que en futuros conflictos, la clase obrera que se encuentre en el ejército por mandato de una ley bárbara, sabrá cumplir con su deber de solidaridad, y que los fusiles del gobierno en manos de los jóvenes proletarios, no serán armas de exterminio de hermanos y compañeros, sino puntales eficaces para su defensa contra la clase dirigente y explotadora'.***[456]

Los socialistas calcularon que participaban en la huelga unos 200.000 trabajadores -la cifra más alta jamás alcanzada hasta ese momento-, coincidiendo en su estimación con la que ofrecía la policía, mientras que el Departamento Nacional del Trabajo los cifraba en 150.000.[457] Se unieron a la misma la casi totalidad de los sociedades obreras de la ciudad, y el puerto pronto quedó paralizado. En otras ciudades también se inició la huelga aunque sin las dimensiones y duración que había adquirido en Buenos Aires, y se produjeron manifestaciones de protesta y de solidaridad con los huelguistas en Montevideo y Río de Janeiro.[458]

El primer día de huelga se repitieron las cargas policiales contra manifestantes reunidos en la Plaza de Mayo convocados por el PSA, mientras el ejército se desplegaba por la ciudad custodiando las estaciones ferroviarias y otros centros neurálgicos, escoltaba los medios de transporte, proveía reemplazantes de los huelguistas y ordenaba el acuartelamiento de cuatro regimientos de infantería y dos de caballería, conformando un despliegue impresionante. Pero también se produjeron bajas entre los que combatían la huelga. Un capataz de los mataderos de Liniers que dirigía un grupo de esquiroles fue muerto a tiros, mientras se asaltaban a los pocos tranvías que circulaban por Buenos Aires y trenes de mercancías que transportaban alimentos a la ciudad.[459]

Se multiplicaron los actos organizados por los socialistas, mientras algunos diarios comerciales y un grupo de estudiantes de derecho de la Universidad de La Plata se solidarizaban con los huelguistas.[460] Esta apertura del frente antigubernamental a sectores no pertenecientes al movimiento obrero intentó compensarse con un homenaje de la Bolsa de Cereales al coronel Falcón. Los días siguientes continuaron los enfrentamientos con la policía que ocupaban toda la ciudad junto a las tropas de línea, mientras en los barrios populares se organizaban barricadas, produciéndose nuevas bajas entre los obreros y el estallido de una bomba en un tranvía en pleno centro de la ciudad.[461]

Al sexto día de la huelga, el día 8 de mayo, algunos miembros del comité de huelga tuvieron una reunión con Benito Villanueva -presidente del Senado- quien les comunicó que Figueroa Alcorta estaba dispuesto a abolir el código municipal de penalidades, liberar a todos los detenidos durante los sucesos y permitir la apertura de los locales societarios clausurados. Ante la propuesta el comité de huelga aprobó por unanimidad el fin de la huelga ya que consideraba logrados sus objetivos. Ramón Falcón no fue destituido y perdería la vida en noviembre de ese mismo año como consecuencia de un atentado.

El PSA aceptó este final de la huelga para no aparecer públicamente enfrentado a las federaciones y sociedades obreras, pero manifestó inmediatamente su desagrado. Argumentaba que el resultado era una hábil maniobra del gobierno que advertía que el liderazgo adquirido por los socialistas durante la huelga general los convertía en un factor político de primer orden si agregaban al prestigio de conducir la huelga el de obtener la destitución de Falcón. Para ello -según el PSA- aprovechaba las diferencias en los objetivos que mantenían los socialistas con los sindicatos, cuando estos comenzaban a convencerse que el gobierno resistiría con éxito la presión sobre su jefe de policía. Al negociar por separado con el comité de huelga, ignorando al PSA como interlocutor, obtuvo una doble victoria que desdibujó el resultado de la huelga. Por una parte el gobierno reconocía como interlocutor directo a las asociaciones obreras sin intermediarios políticos, lo cual conectaba con las posturas de las propias organizaciones sindicales que no aceptaban el protagonismo que había adquirido el partido socialista, y por otra -aceptando las demandas de las federaciones y la sociedad de conductores de vehículos- desactivaba la presión ejercida no sólo desde el movimiento obrero para destituir a Falcón y demostraba su capacidad de control de las situaciones de crisis al conjunto de las fuerzas políticas y sociales.[462] El PSA había tomado la iniciativa de liderar una huelga general que consideraba plenamente justificada, no por la imposición de la libreta y el código de penalidades a los cocheros, sino por que estaba en juego la defensa de la clase obrera frente a una agresión liberticida -en su sentido más extremo- por parte de los poderes públicos y por lo tanto adquiría una dimensión política. Pretendía demostrar, como en 1904, que para el socialismo argentino la lucha política del movimiento obrero no comenzaba y acababa en la contienda electoral. Por lo tanto la forma en que finalizaba la huelga significaba una frustración al arrebatarle -por lo menos en parte- la posibilidad de consolidar por medio de la acción un liderazgo y arbitrio sobre las tres fracciones que nucleaban al societarismo obrero. A su vez, para éste -o por lo menos para aquellos que reclamaban la más completa autonomía de los trabajadores- la interlocución directa que habían conseguido con el más alto nivel del poder político contribuía a la culminación de su proceso de constitución como fuerza social homogénea y potente, con intereses y objetivos reconocibles por los demás, que podía hablar de igual a igual con los representantes de sus explotadores -una identificación necesaria para el movimiento obrero que salía de un período que se prolongaba desde el año anterior de apatía y desvitalización de la ac-

ción societaria.[463] Y por lo tanto se felicitaban de un resultado que suponía el fortalecimiento de los representantes directos de las sociedades de resistencia, mientras quedaban desplazados los miembros del partido socialista, sus sempiternos competidores

> *'El partido socialista argentino, haciendo obra política, pretendió acaparar para si la importancia del movimiento, para después tener la pretensión de erigirse, ante los adversarios, en jefes populares. [...] Hoy sus miembros quieren desvirtuar el triunfo obtenido, quieren desvirtuarlo, porque ellos se dejan dominar por el egoísmo político de partido. Hubiera sido triunfo si en vez de ser el comité de huelga quien ha parlamentado con el poder ejecutivo, hubieran ellos estipulado las bases del convenio, pero como se ha prescindido en absoluto de ese partido, se pretende demostrar la nulidad del triunfo'.*[464]

Si bien fue la carga policial en Plaza Lorea la causa inmediata de esta huelga general, puede identificarse un conjunto de factores que contribuyeron a enrarecer el clima social favoreciendo su estallido. Uno de esos antecedentes era la imposición de un control sobre los trabajadores del transporte urbano similar al intentado en la ciudad de Rosario dos años antes. Después de un año de retracción del movimiento huelguista y el fracaso de la convocatoria de la huelga general de enero de 1908, el gobierno municipal consideró oportuno poner en vigencia una reglamentación como la libreta y el código de penalidades, ya que posiblemente las autoridades evaluaban que difícilmente los obreros podrían ofrecer una resistencia o iniciar una protesta de la magnitud de la huelga de enero de 1907. Los informes del cuerpo de policía, probablemente para demostrar su eficacia ante sus superiores, revelaban la disminución de la actividad de los anarquistas y socialistas durante 1908, lo que probaba -a su juicio- la pérdida de su influencia en la clase trabajadora.[465]

El otro factor que contribuyó a crear las condiciones para el estallido de la protesta fue el aumento del precio del pan, decidido por los propietarios de panaderías durante el mes de abril de 1909. Uno de los motivos de su encarecimiento era la reducción de la producción de trigo a favor del cultivo de alfalfa -base del forraje para alimentación del ganado vacuno cuya cría estaba sufriendo una gran expansión para atender la demanda de carnes enfriadas en el mercado británico.[466] Pero también debe agregarse que el aumento que pretendían los empresarios panaderos era del 25 por ciento para el pan de 1ª clase y del 30

por ciento para el de 2ª clase, con el agravante de que aquellos habitualmente producían menores cantidades del pan de calidad inferior que las que podía absorber la demanda, obligando de este modo a las clases populares a consumir forzosamente el pan más caro.[467] Combinado con la entrada en vigencia del código municipal de penalidades, el -problema del pan motivó una concentración en la Plaza de Mayo convocada por los anarquistas. Pocos días después en el consistorio de la ciudad de Buenos Aires se debatían medidas para evitar el aumento de su precio, entre las que se consideró la posibilidad de crear un servicio municipal de fabricación de pan para frenar la carestía.[468]

Pero además del objetivo estabilizador del funcionamiento económico que cumplía desde hacía tiempo la política decididamente represiva de los sucesivos gobiernos del P.A.N., ¿buscaba otros efectos la acción especialmente violenta sobre la manifestación del 1º de mayo? Era un año de sucesión presidencial y en el seno de la oligarquía en el poder y otros grupos políticos de la burguesía se barajaban las posibilidades de las diversas fracciones: *pellegrinistas* frente a *roquistas* -en el seno del P.A.N.-, estos últimos desplazados por el tándem Quintana-Figueroa Alcorta, pero también los residuos del mitrismo y la sombra amenazante de la UCR, parecían ir ampliando el abanico de fuerzas políticas que podían influir no en la sucesión presidencial inmediata pero si en una futura presidencia conservadora más condicionada a satisfacer otros intereses que los estrictos de los grupos agroexportadores y los inversores externos.[469] Desde 1907, especialmente en la segunda huelga general de ese año, diversos grupos de pequeños propietarios -especialmente aquellos que dependían del consumo obrero- habían apoyado las reclamaciones y visto con simpatía la protesta obrera. Al mismo tiempo la prensa burguesa de Buenos Aires periódicamente difundía noticias amenazantes de potenciales movilizaciones obreras de gran magnitud, lo que podía interpretarse según las fracciones políticas con que s erelacionaban, como un pretexto para justificar una mayor dureza con el movimiento obrero o la agitación del fantasma de la lucha de clases por los excluidos del poder político y los sempiternos aspirantes al relevo del equipo del P.A.N. con el objetivo de obligar a la élite política a pactar con ellos una nueva distribución del poder para alejar la amenaza de mayores convulsiones sociales.[470] Pero en 1909 la situación había adoptado un cariz más grave. En Rosario la burguesía local había encabezado un movimiento de protesta contra los impuestos municipales que había recibido el apoyo de varias sociedades de resistencia así como

el beneplácito de los sectores anarcosindicalistas que empeñados en su lucha contra el despotismo estatal veían con simpatía cualquier movimiento, aunque fuera ajeno al movimiento obrero que pusiera en jaque a las fuerzas gubernamentales.

Ello implicaba para la élite política un peligro creciente de convergencia de distintas fuerzas sociales -aunque por el momento se tratara de casos localizados- que podría poner en cuestión su hegemonía, hasta el momento indiscutida. Figueroa Alcorta, para imponer su sucesor frente al *roquismo* -la fracción oligárquica más reticente a cualquier tipo de cambio- debía demostrar que conservaba la firmeza suficiente para convencerles que su proyecto de integración de las clases medias no implicaba ninguna desestabilización del sistema político y económico cuyo control detentaban desde hacía tres décadas. Para ello había decidido una acción contundente sobre la FORA y la fracción libertaria del movimiento obrero que no rechazaba *a priori* las iniciativas de los sectores urbanos profesionales y empresariales que parecían cuestionar su poder, al tiempo que advertía con la misma a las clases medias que no aceptaría ni siquiera ensayos de alianzas *contra natura*, cuyas consecuencias se habían materializado en los cuerpos ensangrentados de Plaza Lorea.

"Conmemorar la libertad con la conquista de más libertad": 1910, Centenario de la Independencia y el estado de sitio.

En octubre de 1909 se produjo la última huelga general del período, convocada en repudio del fusilamiento de Francesc Ferrer i Guardia en Barcelona, convocada por la FORA, UGT y los sindicatos autónomos. Comenzó el 14 de octubre, mientras que en los días siguientes adhirieron a la huelga general los obreros de otros pueblos y ciudades de la provincia de Buenos Aires, algunos tan lejanos de la Capital Federal como Pergamino y Mar del Plata.[471]

El 14 de noviembre murió Ramón Falcón en un atentado realizado por Simón Radowitzky, un joven obrero anarquista de origen polaco, quien pretendía así vengar a las víctimas de la masacre de Plaza Lorea.[472]

El gobierno respondió con la instauración del estado de sitio por dos meses y comenzó a detener y deportar a numerosos activistas obreros. Así mismo se asaltaron las sedes de *La Protesta* y *La Vanguardia*, los locales de sociedades de resistencia y de la FORA y la CORA, con la participación de *guardias blancos*, anticipando los grupos civiles

constituidos por elementos de la alta burguesía y las clases medias que intervendrían en la represión de los acontecimientos del Centenario y de la Semana Trágica de enero de 1919.

Las organizaciones obreras consideraron al atentado como una respuesta individual pero justa en vindicación de las víctimas de la represión de la *Semana Roja* de mayo de 1909, mientras negaban cualquier responsabilidad en el mismo.También coincidían en denunciar la desproporción entre el suceso y la reacción gubernamental, en la que veían una acción preventiva de una nueva ola huelguista para el próximo verano, y en la cual el atentado había jugado el papel de un pretexto.[473]

El fin del estado de sitio fue seguido por la reanudación de los conflictos laborales, en una secuencia ya observada en ocasiones anteriores. Aprovechando el clima de efervescencia social la CORA y la FORA decidieron aprovechar los festejos del Centenario Argentino, el 25 de mayo de 1910 se cumplían cien años del comienzo del proceso de independencia de la corona española y el gobierno realizaba grandes preparativos para su celebración, para reanudar la agitación para la derogación de la ley de Residencia, la libertad de los presos y la amnistía para los desertores: 'conmemorar la libertad con la conquista de más libertad', mientras que el PSA se oponía a una iniciativa de ese tipo.

Se podía suponer que existía una buena predisposición a la movilización entre los trabajadores, de la que daba idea una gigantesca manifestación convocada por la FORA del 8 de mayo, se calculaba que habían asistido unas 50.000 personas. Sin embargo y como signo del final de un ciclo en la historia de la clase trabajadora argentina, cabe destacar que esta vez la FORA, decidió echarse atrás en la convocatoria, ya que consideraba que el debilitamiento que sufrían las organizaciones sindicales comprometía las posibilidades de alcanzar los objetivos que se había propuesto la huelga general.[474] La actitud fue tan novedosa como para llegar incluso a mantener el Consejo Federal contactos directos e indirectos con el gobierno, promovidos no sólo por las dudas de la FORA sino también por el temor del gobierno a fracasar en el apoteósico autohomenaje en que la oligarquía en el poder pretendía convertir la celebración del Centenario de mayo.[475] Pero el gobierno se adelantó a los acontecimientos, instaurando el estado de sitio y ordenando la detención de los militantes más destacados así como la clausura de periódicos y locales del movimiento obrero. Al día siguiente se produjeron en Buenos Aires manifestaciones de marcado carácter chovinista, cuyos participantes se dirigieron por la noche a los locales de *La Protesta*, *La*

Vanguardia y *La Batalla* (nuevo periódico del movimiento anarquista) incendiando sus instalaciones, repitiendo los atentados en los días siguientes con los locales de la CORA y *La Acción Socialista*, mientras la cifra de 2.000 detenidos alcanzaba los niveles más altos registrados hasta el momento. Este grupo de asaltantes, protegido por la policía, estaba integrado por diputados, militares, policías y estudiantes: la *chusma dorada* como les denominaría la CORA-, y entre ellos se encontraba Manuel Carlés, quien sería fundador y principal dirigente de la Liga Patriótica Argentina. Este era un grupo civil que surgirá luego de la huelga general de enero de 1919 -conocida como la *Semana Trágica*-, caracterizado por su odio profundo al movimiento obrero, sus ideologías y la inmigración -elementos que consideraba interrelacionados- que no sólo colaboró con la represión policial de las organizaciones de la clase trabajadora, sino que pretendía convertirse en una alternativa ideológica basada en el nacionalismo que agrupara a las clases medias atemorizadas por la intensidad del conflicto social, características que lo aproximaban a un movimiento -por lo menos- de carácter protofascista.[476]

La huelga general fue desconvocada por las organizaciones sindicales cinco días después ya que se iba debilitando espontáneamente. A pesar de su fracaso perjudicó a las celebraciones del Centenario, que debieron realizarse con gran parte de las obras sin acabar, y bajo el imperio de la ley marcial.[477] Para rematar la obra represiva y utilizando como motivo el estallido de una bomba -que no ocasionó víctimas de gravedad- en el Teatro Colón de Buenos Aires, el parlamento sancionó con la misma celeridad que en 1902 la ley nº 7029 de Defensa Social, que aumentaba el rigor de la ley de Residencia.[478]

La derrota del movimiento obrero fue completa, ya que una vez levantado el estado de sitio en octubre, no hubo ninguna reacción de las organizaciones obreras como había sucedido otras veces. A pesar de que los militantes todavía en activo esperaban un renacimiento de las huelgas y movilizaciones, los conflictos fueron escasos y los años sucesivos repitieron -con ligeras fluctuaciones- la atonía del movimiento huelguístico. El despliegue del estado contra los trabajadores descendió, como era habitual, al nivel de los centros de trabajo

> ***'Declarado el estado de sitio, los fabricantes Semidt [...] concertaron con la autoridad policial un plan de absorción á fin de reducir á los valientes y abnegados huelguistas que desde hacía dos meses (4 de abril á 4 de junio) soportaban privaciones cruentas en holocausto á la causa que defendían. Una de las condiciones primordiales para mantener la cohesión de la huelga era la vigilancia de los más activos sobre los reacios y los inconcientes que se prestaban á traicionar la lucha. Contra aquellos cargó la fiereza del oficial de la gendarmería volante de la provincia destacada en Avellaneda [ciudad vecina a Buenos Aires], y sus agentes [...] muchos obreros fueron encarcelados [...] semejante situación trajo la desmoralización y el desbande. De los 650 huelguistas que componían el personal de la fábrica, 250, entre hombres y mujeres, fueron expulsados de sus puestos, y los restantes sometidos á condiciones aún peores que las que motivó el estallido huelguista'.***[479]

Recién a partir del bienio 1916-1917 volverá a observarse una clara recuperación de la actividad huelguista de los trabajadores argentinos. Pero en este período, caracterizado por las profundas tensiones derivadas de la segunda adecuación del capitalismo argentino a la coyuntura económica internacional, esta vez marcada por la Primera Guerra Mundial, se produjeron cambios coyunturales en la economía y la sociedad de la suficiente profundidad para que se modificaran los términos en los que se producía el conflicto de clases.